

VIII BIENAL
NACIONAL
DE LITERATURA
2024

JOSÉ
VICENTE
ABREU

Memoria de árbol

EDUARDO MARIÑO
RODRÍGUEZ

NOVELA

Memoria de árbol

VIII Bienal Nacional
de Literatura
José Vicente Abreu
Género Crónica
GANADOR 2024

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2025

Memoria de árbol

© Eduardo Antonio Mariño Rodríguez

Diagramación

David Arneaud

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio.

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

Hecho el depósito de ley

Depósito Legal N.º DC2025000691

ISBN 978-980-01-2480-2

Eduardo Antonio Mariño Rodríguez

Memoria de árbol

VIII Bienal Nacional de Literatura
José Vicente Abreu
VEREDICTO

Alexander Torres Iriarte, María Elvira González y Enrique Hernández-D'Jesús, jurados designados por el CENAL Centro Nacional del Libro y con apego a las bases y los criterios de la misma, hemos decidido otorgar, por unanimidad, el Premio de la VIII Bienal de Literatura José Vicente Abreu, a la obra *Memoria de árbol*, presentado con el seudónimo Jürgen Knotch.

Hallamos en *Memoria de árbol*, una obra que se afincan en la crónica para hurgar en la historia de algunos poblados del llano venezolano. Narrada en primera persona por un personaje que regresa a la zona tras los pasos de su hermano fallecido, despliega voces de un rico imaginario, sin dimitir a la exposición apegada al hecho histórico, controversial y bien documentado.

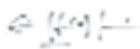
En una estructura en apariencia sencilla, mediante diálogos y escenas de situaciones comunes en el entorno, logra ahondar en la historia del lenguaje común, en ciertas tradiciones que aún se conservan, en la espiritualidad, y en las diversas identidades de los lugareños que conviven con lo insondable como parte de su realidad cotidiana, enriqueciendo la trama con una erudición, que en ningún momento desentona con el hilo conductor del relato.

Memoria de árbol logra un tejido armónico en la sencillez y precisión de su lenguaje, y en el basamento histórico del relato, destacando a través de las voces de sus habitantes a la comunidad como participante y destinataria de la historia.

Abierta la Plica, el ganador resultó ser: Eduardo Mariño Rodríguez, titular de la cédula de identidad V- 10.985.658.


Alexander Torres Iriarte


María Elvira González


Enrique Hernández-D'Jesús

Despierto a la conciencia meridiana de un destino abismado, provocador, celoso: Una tempestad hecha de sí misma, febril canto de resignación y nostalgia arrulla las oxidadas latas del techo y el olor y la memoria del cansino viaje por el río me ubican amaneciendo en Guadarrama. Pienso en mi mala costumbre de no hacer caso a los consejos y en la accidentada travesía que me hubiese evitado con esperar unas horas a que amaneciera. Al menos, la señora Belén no tuvo reparo en darme cobijo bajo su techo al llegar casi entre gallos y medianoche a un pueblo dormido, todavía emparamado del aguacero.

Desde que mi hermano Evaristo empezó, en ya los lejanos ochenta, a contarme la crónica llena de mitos y fábulas que rodeaba estos pueblos de orilla de río, me obsesionaba la idea de perseguir los hilos de realidad que pudieran tejerse entre ellos y algunas otras historias, que por casualidad o conveniencia, habían ido concurriendo en mis temores y hábitos con el pasar de los años. En particular la historia de estos pueblos: El Baúl, Guadarrama y La Unión (y como descubrí más tarde, San Antonio y San Jaime, situados más allá, en otro río pero en la misma sabana) tenía mucho en común y a la vez, eran centro y fundamento a muchas consejas y narraciones de velorio, como les solía llamar Evaristo.

Vine a parar a Guadarrama siguiendo el rastro de unos personajes particulares y por el hecho de que había muchas historias sobre este pueblo, que en su distancia

guardaba alguna cercanía con San Carlos. Algo particular que radicaba en el hecho de que el lejano San Antonio fue fundado hacia fines de 1790 por un mulato, venido, como Evaristo y como yo, de la Villa de San Carlos de Austria. Obviamente no vino solo: muchos parias de su misma condición seguramente lo acompañaron, bajando como sombras por el río desde El Baúl y más allá. Aunque, según la historia oficial, el pueblo de Guadarrama fue establecido por el capuchino Juan Fernández a orillas del río Portuguesa hacia 1810, cerca de un cajón de sabana llamado Ave María —vinculado más tarde a la fundación de Arismendi—. Otras versiones señalan que fue fundado por uno de esos mulatos de San Carlos, quien apartado del grupo siguió rumbo por el río Portuguesa hasta asentarse cerca de donde este confluye con el Guanarito.

Esta última versión, más oscurecida en matices y a la vez más repetida (porque la he escuchado por cierta, con leves variaciones en innumerables labios), involucra y hace voluntario el exilio del mulato que fundaría Guadarrama —a quien la tradición le atribuye el nombre de Tomás—. Según esta, Tomás habría secretamente construido una oscura canoa con un quemado árbol de *cedro amarillo* o *cedro María*¹, arrastrado por la vertiginosa crecida del río hasta las orillas del pueblo, y tras robar y asesinar al guardador de los avíos, enseres y vituallas de la avanzada, se lanzaría en una aventura traidora con otros mulatos y mulatas y un guahibo de

1 Aquí hay una confusión evidente, ya que cedro María es el nombre común que aún se da al *Calophyllum brasiliense*, de uso frecuente entre los guahibos para la construcción de canoas y curiaras, y cedro amarillo no puede sino referirse al falso samán o masaguario (*Pseudosamanea guachapele*), árbol muy común en la región y fuente de innumerables tradiciones orales.

largas patillas, que había llegado una noche con la lluvia. Una historia popular insiste en agregar que entre los restos del árbol tallado para la inquina, se encontró una figura que remembraba a una virgencita y que tal figura —considerada milagrosa por los crédulos— fue desde entonces venerada en una nefasta especie de capilla hecha de palma moriche.

Evaristo siempre se había burlado de esta versión de los remotos hechos y manifestaba estar convencido de que el verdadero nombre del fundador —o al menos del cabecilla de los fundadores— era un negro llamado Andrés Aquino, probablemente un esclavo fugado de alguno de los nacientes hatos de la región y que había devenido en un conocido forajido de la época. Como en el caso de Homero, Evaristo creía que Tomás² era un apodo ganado por el legendario mulato, gracias a su bellaquería y taimado descreimiento, y sin embargo, y por más que tenga rasgos verídicos, esta versión no es menos incierta; la única mención real del tal Andrés Aquino yace en una comunicación fechada en San Antonio, el 4 de julio de 1791, en la que Francisco Salcedo, teniente mayor de ese pueblo, menciona haber destacado al cabo don Juan Suárez para procurar en nombre de los vecinos, y como parte de su responsabilidad, la captura y posterior castigo «del esclavo Andrés Aquino», al que tenía procesado

2 Siguiendo la voz de la tradición, Virgilio Tosta señala que «el patrono de Guadarrama es el apóstol Tomás, famoso por su incredulidad». Es previsible que el nombre del supuesto fundador se confunda con el del descreído apóstol, cuyos procedimientos para evitar el engaño hacen que «para el llanero, la desconfianza del discípulo de Jesús, sean una mezcla de astucia y bellaquería» (Virgilio Tosta, *El paludismo jugaba garrote en El Baúl*, Caracas, 2004).

por ladrón y otras fechorías, «para que no queden sin castigo sus delitos»³.

Toda esta confusión se ve reforzada con el hecho no menos curioso de que en Guadarrama veneran a los dos Tomás: al Apóstol y a Tomás de Aquino, el filósofo y doctor de la Iglesia. Esta coincidencia de apellidos es poco menos que poética. Pues, entre el descreimiento del Apóstol y la convicción del «Doctor Común» de que las cosas son contingentes y podrían no existir, se le da algún fundamento ontológico a tanta fantasía. Creo, con los años, que alguna tradición oral confundió en una sola figura a la infamia del presunto fundador, la irreverente y basta imagen de madera, el descreimiento del apóstol y el apellido del santo patrono, y les atribuyó una unívoca bellaquería en cuentos de infundada naturaleza milagrosa.

12 Tras estos hilos de memoria frágil y de fábula arraigada fue que vine a parar aquí con mis huesos y mi cámara y mis cuadernos, para tratar de entender un poco mi lugar y el de tanto rumor de río en la cosmovisión que Evaristo, y mi abuela antes de él, habían creado en torno a este mundo feral que no conoce otros límites que los del río, el infinito horizonte y el temor de los hombres. Muerto mi hermano, algo poderoso me impelía a seguirle rumbo a sus pasos, a desandar sus caminos y sus sueños como una manera de desandar los míos. Afuera sigue el invierno, cantando su música de brisa y espanto entre las ramas y las precarias latas del techo, y dentro, un cansancio viejo me aturde y me lleva de nuevo al otro sueño.

3 Archivo General de la Nación, sección Gobernación y Capitanías, t. XXIV, folios 206 al 207.

Había una voz como en letanía de voces.

Me decían —porque parecían hablarme solo y directamente a mí— que para pelar una montaña solo hacía falta una noche si el brazo estaba bueno y el machete bien amolado.

Me advirtieron que los nombres viejos ya no rondan caños y quebradas, sino las almas de quienes los llaman a estas noches.

Me contaron de los desaparecidos en el río y en otros lugares que no creyeron conveniente nombrarme.

Me hablaban a un mismo tiempo de una negra canoa remontando el río nada más de mandarla como a una bestia: «p'alante, vamos p'alante», sonaba rumboso el coro en la brisa. Repitieron, casi susurrando, las terribles palabras que un negro gigantesco pronunció en la cruz de la pica prohibida que cae al otro lado del río, entre el Igüés y Guadarrama.

Nombraron las personas que le habían visto bajarse un día de la canoa, en medio del río, y salir sequito a la orilla, como si viniera caminando por una trocha en el agua, con los ojos claros de brujería y los brazos cubiertos de horribles quemaduras.

Se afincaban en las palabras para ver cómo me temblaba el ojo dormido. Me dijeron, finalmente, que no era bueno preguntar demasiado sobre esas cosas, y mucho menos escribirlas para que otros las conocieran.

—¡Buen día por la mañana!

—Buen día, doña Belén ¿Cómo amanece?

—Bien, mijo, viéndolo que ahora por la mañana parece gente. Esta madrugada cuando llegó parecía el ánima sola en esa noche tan oscura.

—No debí venirme tan de noche de El Baúl, pero uno a veces se pone necio sin razón.

—La necesidad de la gente siempre tiene una razón, y las más de las veces no es buena.

—Así decía mi abuela.

—¿Va a querer un guarapito?

—¡Claro!, a ver si se me despeja un poco la cabeza. Amanecí como si hubiera dormido tres noches seguidas.

—¡Ah, mundo!, pero si no durmió ni tres horas. Yo no sé cómo se vino de El Baúl ni cómo se regresaría el que lo trajo. Yo iba a mandar a Rubén a buscarlo ahorita en la mañana, como habíamos quedado la otra semana.

—Es que llegué tarde a El Baúl, mucha lluvia en la carretera.

—Esa carretera, un invierno de estos, se pierde. Nadie le mete la mano, pero ni de por Dios. —Cuatro horas me largué desde El Tinaco. Me bajé del carro con el lomo tieso.

14

—¿Y por qué no se quedó, pues? En El Baúl no le iba a faltar donde pasar la noche. A su hermano Evaristo, que en paz descanse, le tenían mucho aprecio.

—No pensé en eso, llegué y lo único que vi con señal de vida fue el bar Brisas del Río.

—Ajá, el botiquín de Pedro. La gente llega derecha pa la vagabundería.

—Doña Belén, deje la burla, ¿no le dije que fue lo único que tenía al menos una luz prendida? Ese pueblo es

oscuro, yo sé, pero anoche con el aguacero parecía como si se lo hubiera tragado la sabana y nada más hubiera dejado el cocuyito en la puerta del ranchón de don Pedro.

—¿Y había gente ahí? ¿Con ese palo de agua?

—Ajá. Estaba don Pedro conversando con otro mayor, unos muchachos jugando dominó como de mala gana, pa matar la furia de las bolas criollas, y un viejo chivú en una silleta al lado de la puerta. A la final creo que ese fue quien me trajo.

—Ah, pues, ¿y es que no se recuerda ni cómo se vino? Así sería la pea...

—No, qué va, si me bebí apenas un palito de ron para pasar el frío. Lo que tenía era un cansancio pesado. Cuando don Pedro supo que venía para Guadarrama, le dijo al chivú como en chanza: «aquí tienes pasaje», y este se medio rio y dijo: «ta bueno, yo sí me arranco a esta hora pa donde sea, si hay plata pa pagá la vuelta, yo mismo soy».

—¡Hay que ver que hay gente vagabunda y sin temor de Dios! Mire que venirse en canoa de noche por esas caramas negras y con ese palo de agua. ¿Y quién era ese?

—Yo no sé, porque ni el nombre me dijo. Me llevó casi a rastras para el embarcadero, ahí en frente, y ese bolso por acá, y se me pone por aquí y ya vamos y p'alante, pues.

—¿P'alante?

—Sí, «p'alante» fue lo que dijo.

—¿Como gobernando la canoa?

—Sí, como gobernando la canoa...

—¡Hummm!, cuidao si quien lo trajo no fue el propio Jorge Noche —dijo la vieja entre risas, haciendo referencia al popular personaje del imaginario bauleño.

—Ah, pues, doña Belén, está muy temprano para estar echando cuentos de velorio y anoche ya soñé bastantes vainas raras. Vamos más bien buscando para que me cuente del señor Custodio y de Amparo, para ver si me alcanza el día y hablo con ellos.

—No hay apuro, no hay apuro. Igualito no ha terminado de escampar y esa brisa que está alborotando las latas del techo es viento de agua. Termínese el café y se cambia esa ropa embarrialada, que lo que llegó fue a soltar el bolso y tirarse en la hamaca.

De la pintoresca narración de doña Belén y María, su ahijada (que se acercó «a escuchar lo ajeno y entrepitear lo propio», según la misma doña Belén), apenas pude colegir que Custodio Benítez había llegado hacía ya como cuarenta años, presumiblemente de San Carlos, y que nunca se le había conocido otro oficio que el de la madera. Sus remos y canaletes eran muy apreciados por canoeros y pescadores; era difícil encontrar mejores cabos de hacha, ni en ferretería ni comercio; muebles, silletas con cuero de ganado y hasta camas había hecho cuando más joven y ahora que estaba viejo y las fuerzas casi le estaban abandonando, se dedicaba a utensilios de cocina, pequeñas herramientas y a reparaciones menores hasta donde las bondades de la madera lo permitiesen, no pareciendo tener límites su ingenio y habilidad manual.

Pero lo que le había dado una fama distinta —que si bien era el mismo elemento— no era tan utilitario ni tan apreciado por la gente sencilla de los alrededores, era su afición a tallar figuras de madera: santos, héroes de la Independencia, y muy rara vez, gente que le pedía ser inmortalizada en esa rara variedad del retrato. Según decían, la gente quedaba igualita a cuando era más joven, como si Custodio Benítez, aún sin conocer a las personas, tuviera la habilidad de recobrar en la madera los mejores años de la gente, para conservarlos en el tiempo. Eso, en vez de ganarle «clientes», le había ganado una oscura fama y cada vez eran menos los que se ganaban a la idea de tales efigies.

También hacía Custodio Benítez otras figuras, de gente que nadie podía identificar y a la que él solo le ponía nombres genéricos, según su oficio, raza o carácter. Una de esas figuras —que vi en una exposición de artesanía en Barinas— fue la que me movió a visitarle. La representación de un indio al que le hubieran sometido a toda tortura inquisitorial posible, a manos de los más acendrados defensores de la fe, mezclada con el posterior desahucio y olvido al que había sido sometida su estirpe por la colonia, las revoluciones y la mal llamada democracia, ocupaba apenas un rincón en la sala. Supongo que tanto a los curadores como a los organizadores del evento les resultaba poco menos que incómoda la talla, realizada en una oscura y veteada variedad de cedro y con un carácter que transgredía los bastos límites de sus rasgos. Las facciones, más que realistas, parecían tener un toque de impresionismo. Su dureza no era carente de melancolía: Una melancolía honda, acendrada, como si la exclusión de siglos sufrida por los suyos hubiera encontrado en las manos de Custodio Benítez un rescoldo para perpetuarse fatigosa, indiferentemente, como el destino manifiesto de las narraciones kafkianas, y que terminaba separando radicalmente a la pieza del resto de las que se exponían, más orientadas al utilitarismo o a ese figurativismo religioso tan común en nuestros Llanos.

La pieza llevaba por título *El guahibo* y, coherentemente, se adivinaban en ella los rasgos característicos de esta etnia, que se llaman a sí mismos Jivi o Sikuaní, hábiles navegantes de los ríos del Llano, y quienes colectivamente se consideran descendientes del mítico árbol Kaliawirinai, del cual brotó toda vida, toda planta comestible y cultivable y la mística unión de su comunidad o Unuma.

Se alzaba un metro desde su base y representaba al indígena apoyado en una de sus rodillas, la mirada lejana mas no perdida y sus manos cruzadas una sobre otra, como en las frecuentes representaciones de Jesús en el Calvario, tan populares para las festividades y procesiones de Semana Santa. Le pregunté por sus orígenes a Arnaldo, director de la Galería, quien no me supo dar mayores detalles, excepto que la talla había sido traída de La Unión o Guadarrama y pertenecía a la colección privada de un conocido médico de Barinas, que había hecho su ruralidad por esos lados. En la es-cueta ficha se leía el título de la pieza, su origen (municipio Arismendi, decía lacónicamente) y el nombre de su autor, Custodio Benítez.

Me hice a la idea de que la pieza era apócrifa y me hubiera desentendido por entero de ella si Arnaldo no me hubiera comentado —días después— que existía otra pieza atribuida al mismo artesano y que ocupaba un lugar destacado en una capilla familiar de Bruzual. Al día siguiente íbamos para Achaguas y el autobús usualmente hacía una parada en ese pueblito de Apure, llamado Manga Angulera en su fundación. Aunque era la hora del almuerzo, pudo más la curiosidad y decidí buscar la tal capilla por mi cuenta. Resulta que el altar en cuestión estaba en casa de la familia Ojeda, quienes parecían estar acostumbrados al tráfico de curiosos por su santuario, ya que de inmediato me mandaron a pasar por un traspatio hasta la rústica pero bien adornada construcción que guardaba sus lares. Seguí los trastabillantes pasos de una señora encorvada hasta un altar recubierto de un rico mantel tejido, donde tres cajitas de madera y vidrio, literalmente forradas de medallas y

«milagritos», custodiaban igual número de imágenes. Al centro, previsiblemente, se hallaba una piedrita ovalada, de no más de cinco centímetros en lo más ancho, con una burda pero nítida cruz blanca⁴ de un material cristalino, que sobresalía y destacaba del negro olivino; a su derecha una polícroma figurita de la Virgen del Real certificaba el sospechado origen barinés de los Ojeda y a su izquierda, la mano inconfundible de Custodio Benítez había dejado su impronta en una representación bastante curiosa de la Virgen del Carmen —transportada en una curiara guahiba—, como aún es costumbre en Guasdalito y sus alrededores, cerca del 16 de julio. En la tablita que hacía de fondo al minúsculo y detallado retablo podía apreciarse claramente un grupo de estrellas de forma absolutamente familiar y la tosca palabra *Kajuyali*⁵ levantándose detrás de la silueta, casi fuera de lugar, de un masaguaro seco que destacaba fractal y pavoroso a las orillas de un río correntoso.

No me sorprendieron las referencias astronómicas, las cuales son más frecuentes en la cultura del Llano de lo que puede suponerse a primera vista (recordé aquella canción de Asdrúbal Flores, inmortalizada en la memoria colectiva por don Eneas Perdomo y que tenía una linda referencia a las Pléyades, tal como las denomina el

4 A estas crucecitas y figuras, que la casualidad y la pareidolia juntan en piedras y pedazos de madera, la gente del Llano las llama, indistintamente, «santos aparecidos» y son objeto de veneración en toda la región, donde son ya tradicionales las «fiestas-velorios» que se ofrecen en su honor.

5 *Kajuyali* es el nombre guahibo para la constelación de Orión, cuya aparición al amanecer marca para los Sikuani el *pebubutsi jua-meto* o tiempo de inundaciones (junio-julio).

llanero: «las Cabrillas»⁶), pero sí me causó impresión la bastedad de los rasgos de la figura en contraste con los detalles del fondo.

De eso habían pasado casi once años. Doña Beatriz Ojeda —con quien conversé un dilatado café— terminó de aliñarme la historia contándome que la figurita de la Virgen del Carmen estaba con su familia hace poco, no más de veinte años y que la había traído consigo una señora que cantó un velorio de promesa por la curación de Ramón Ojeda, su hijo menor, quien había sido picado «por una mapanare azul cuatro narices»⁷. De la cantadora y rezandera solo supe que se llamaba Amparo y que había venido —como el guahibo de la exposición— de Guadarrama, de donde la había traído un compadre suyo que era pescador por esos lados. Creo que lo del color de la serpiente era un embuste, o una alusión velada a una cualidad poco conocida de este animal: la de nadar por el agua.

Ahora, doña Belén me contaba que de Amparo Izanoboco se decía que era hija de Concepción Izanoboco, uno de los fundadores de Majaguillal, hoy conocida como Puerto Gaitán, a las orillas del Meta; pero esto quizás solo era un rumor alentado por ella misma para disimular su

6 La quinta estrofa del mencionado pasaje dice textualmente: «Siga el rumbo canoero / siga remando agua arriba / a la luz de los luceros / al paso de las cabrillas».

7 La mapanare o *Bothrops atrox* es una especie de serpiente de la subfamilia *Crotalinae* y es probablemente el ofidio más temido en la llanura. Su mordedura es muy peligrosa, conteniendo una hemotoxina, cuyos síntomas son dolores locales y grandes inflamaciones que llegan al torso, falla aguda de los riñones, problemas de coagulación, necrosis y daños en el sistema cardiovascular, que acarrearán la muerte.

verdadero origen. De afilados rasgos y pálida piel, la cabellera indomable delataba empero su parentesco indio por el negro lustre que tendía a empalidecer más su rostro y se conservaba impertérrito a pesar de los años. Setenta le calculaba doña Belén —en la costumbre bíblica de los viejos que para decir «muchos» dicen «setenta»—, y ciento y pico María —en la ingenuidad de los jóvenes que tienden a ver como centenarias las arrugas de la cara. Lo cierto es que para ser hija de Concepción debía contar con más de setenta años. Había llegado ya mayor a Guadarrama, con un tripón igual de pálido colgando del brazo y un arsenal de recetas, bebedizos y oraciones para curar todo tipo de males, que le habían ganado el respeto y el reconocimiento río arriba y río abajo.

Innumerables picados de raya, de alacrán y de culebra se habían librado de la ponzoña gracias a sus bebedizos y ensalmes, los mismos que habían enderezado muchachos que venían de pie o se enrollaban el ombligo en el vientre de la madre, y habían acompañado en el último adiós a la mayoría de habitantes del pequeño cementerio de Guadarrama y de los varios pueblos dispersos en la sabana.

22 El muchacho pálido se había ido con la recluta, allá en los sesenta, y desde entonces, Amparo era una presencia obligada en los Velorios de Cruz y de Santos Aparecidos (como el de la familia Ojeda, que cada dos de abril era celebrado con fervor en su capillita de Bruzual), y en otros ritos menos píos y nombrados que se desperdigaban en la memoria y geografía de las costumbres de esta orilla de río. De cómo se relacionaba con don Custodio y sus figuras de madera eran detalles que doña Belén desconocía o, por lo menos, no me quiso revelar abiertamente.

Entré a la humilde casita de bahareque casi dando traspiés. La fría sombra del interior contrastaba con la resolana ardiente que era la calleja de tierra. Un olor a barro y madera vieja parecía flotar dentro, como si rescoldos perdidos del aguacero hubiesen encontrado aquí su refugio. Pregunté por Custodio y me contestó una voz serena, murmurante casi. Pero el rostro que hablaba, no se dejaba mirar por la vista encandilada.

—Pase.

—Buenas tardes, ¿el señor Custodio?

—Sí. ¿No le dije que pase, pues? —dijo una voz tranquila.

—Bueno, ya estoy. Mire, yo vengo porque me dijo doña Belén que usted era artesano.

—Tanto como artesano... pues no. Yo hago trabajitos con madera, cabos de hacha, canaletes y cositas así.

—Pero también hace unas figuras muy respetables.

—Yo lo que hago son muñecos de palo. Gente de palo.

—Bueno, mire, yo vengo del Museo de San Carlos y ando haciendo fotografías de lo que hace la gente por aquí. Me dijeron que usted hacía esas tallas de madera y le venía a preguntar si me dejaba hacerle unas fotos, y también a usted, con su trabajo.

—¿Nada más unas fotos?

—Y una conversadita, si no le quita mucho tiempo.

—Cuando uno llega a viejo, ya nada le quita el tiempo, mijo. Pero vaya y dé una vuelta y viene, pa ir sacando mi gente.

—¿Su gente?

—La gente de palo, pues.

Me di una vuelta con la cámara, recogiendo un poco del verde profundo de la orilla del río, definitivo contraste con la aridez sabana adentro. Al tender la mirada más allá del breve frescor que acompañaba el curso de agua, se extendía un interminable océano de polvo y terrones amarillentos, testimonio de miles de inundaciones aluvionales. La blancura como de hueso y el relativo aislamiento del rancho de don Custodio, le daban la apariencia de una gigantesca calavera soltada como por descuido en medio de la sabana. Pensé por un instante en los restos de megafauna que solían desbarrancarse aguas arriba, en Zanja 'e Lira, y que la gente de inmediato relacionaba con espíritus y leyendas de los guahibos. Para el pueblo Sikuaní, nuestras selvas, sabanas, ríos y lagunas están poblados por seres, que aunque no siempre vemos, a veces les podemos oír o percibir su presencia⁸. Esos seres son peligrosos y le pueden hacer daño a la gente, especialmente cuando se infringe alguna regla de respeto a la naturaleza. A esas entidades les dan nombres inefables, como Yalu, Banajuli y Mene Nüjü y, según los guahibos, comen gente porque son salvajes. Los llaman indistintamente yajevi y viven en las cuevas de los árboles en el día, porque salen de noche para hacer su maldad, como maltratar a las personas y comérselas. También se

8 Los investigadores Castillo y Ortiz señalan que «uno de ellos es Jirujiru. Se oye el Jirujiru de esta forma: ¡Jirujirujirujiru! ¡Tulitulituli! ¡Pirupirupiru!», asimilando las presencias intangibles al polifónico murmurar de las noches en las sabanas a orilla de río, origen de incontables leyendas de espantos, aparatos y aparecidos» (Octavio Castillo y Francisco Ortiz, *Visión de la cultura y sociedad Jivi*, Puerto Ayacucho, 2006).

comen entre ellos y eso explica la aparición de huesos monstruosos «que nosotros, ignorantes», parafraseando a Gustavo Pereira, le atribuimos a mastodontes y otros animales antediluvianos.

—Pero pase p'acá, que ahí pega mucha resolana.

—Es que adentro me sale la foto muy oscura.

—Hay gente que nunca se ve clara.

Y tenía razón. Aunque el *flash* de la cámara se esforzaba, y yo buscaba la manera y posición para arrancar mayor detalle a algunas de las figuras, no siempre lograba y el resultado, en algunos casos, era un remedo de rostro, más parecido a una gárgola o sombra chinesca que a un retrato. Sin embargo, pude hacer buenas fotos de algunos santos y personajes históricos, como un Zamora de elegante mirada y una mujer campesina que amamantaba con mucha ternura a su pequeño.

Entre foto y foto, apenas lograba que el viejo masculara un comentario. «Ese es un negro que vino de Puerto Ayacucho», me aclaró al mostrar interés hacia una figura musculosa, de rasgos que se veían alegres de aguardiente y estulticia. «¿Y este chivú quién es?», dije preguntando por una figura que resembleda al canoero de otra jornada.

25

—Uno que vino solo. Que salió así.

—¿Cómo así?

—Bueno, uno agarra la madera y comienza a darle vuelta. Yo me siento ahí, en esa troja que usted ve ahí y le comienzo a dar vuelta. Si es muy grande, soy yo el que le da vuelta y vuelta hasta que la madera me hace como una seña y le consigo la maña por donde sacale la forma.

Ahí va saliendo entonces el carácter. Porque la madera tiene carácter, como la gente. A veces sale gente que he visto o me han nombrado, como ese Zamora, que me lo nombraron una gente de Barinas que me compraron un indio y se fueron, y a veces sale sola una gente que no conozco ni me han mentado jamás y nunca, como ese chivú que usted dice.

—Se parece al canoero que me trajo la otra noche.

—¿Y de dónde lo trajo?

—Del Baúl.

—¿De noche?

—Ajá.

—A mí me han hablado de un tal Evaristo, que carga una canoa negra, que a según y que era la de Jorge, un negro de Sucre que decían que era aprendiz y que por eso trabaja puro de noche.

—¿Aprendiz?

—Aprendiz, que tenía malas artes.

—Uhhmm. Yo tenía un hermano Evaristo, que le gustaba mucho venir para acá, pero se enfermó del pecho y se murió por Caracas, bien lejos del río que tanto le gustaba pasear.

—A este también le gusta el río, pero por otras cosas.

—Y esa canoa negra ¿qué tiene de especial?

—Que yo sepa nada, igualito y hasta la hice yo mismo. Yo antes labraba canoas por cantidad. Pero ya estoy muy viejo pa metele hacha a ese monte buscando cachicamo rojo, y el río ya nunca trae palos buenos. Pura carama vieja, asolía de años.

Y con la tarde, se le fue soltando más la lengua, y me fue contando y hablándome de otras figuras y otras gentes, sin que a ratos se distinguiera por su tono si hablaba de gente real o «gente de palo», como insistía en llamarles. Me habló de un maraquero de torcido sombrero, adornado de una sonrisa sardónica y unas maracas en los pies, que según el viejo era «el Carrao de Palmarito, una vez que lo vi en una televisión de Arismendi». Y un pájaro mitad gallina y mitad iguana con un buche desproporcionado y una cresta reptiliana, que me dijo era una chenchena. Dos veces le pregunté por la figurita que había visto en el altar de Bruzual y dos veces se me hizo el desentendido, así que no le toqué más el tema. Igual, con cada paso que avanzaba la tarde sentía la cabeza como cargada de imágenes vertiginosas, de historias no contadas y tremedales del sueño capaces de arrastrar mi poca cordura en otro viaje, río abajo, en corrientes desconocidas.

Me fui caminando a casa de doña Belén como afiebrado o borracho y le atribuí el leve mareo a la resolana que había cogido mientras esperaba al viejo afuera del rancho. El camino se me hizo largo y poblado de miradas, que fruto o no de mi imaginación, le dieron un aire perturbador a la tarde-noche, por lo que llegué y me tendí directo en la hamaca. Lo que siguió, es un reflejo de la corriente barrosa que nos arrastra Llano adentro con la noche.

5

Soñaba una fiesta, pero a lo lejos el arpa iba y venía en el viento primero con la dulce ternura que le otorga el grueso bordón a la madera camoruca con reciedumbre de potro caracoleando en trinos y retruques y en el empedrado del frente del rancho

se escuchaba el sonido vago
como quien arrastra un cacho
cada vez más nítido
y eran como unas maracas
como las benditas maracas
que tenía el muñeco en las alpargatas

como entre nubes veía la cara del muñeco que de ninguna manera eran los conocidos rasgos de Juan de los Santos Contreras

sino que más feos a su modo
mezcla de reptil y de perro

se adivinaba en la mueca y en la sombra de atrás el movimiento rítmico se trasladaba en sonidos reptantes

asquerosos

28

y vi al negro de Puerto Ayacucho conversando con el chivú del botiquín del supuesto Evaristo de la canoa negra y cómo este le arrancaba un diente de oro que refulgía como una luciérnaga de relámpagos antes de desaparecer corriente de barro ruido de murmurante letanía en las alas ganchudas de una chenchena negra y sus aleteantes ojos colorados.

La fiebre que le sucedió a la pesadilla ya me duraba dos días con sus noches y apresuró mi conversación con Amparo. A instancias de doña Belén, María fue cruzando el pueblo a buscar a la rezandera porque, según la anciana, esa calentura de dos días era una «vaina echá», como consecuencia de mi larga visita a don Custodio. «Esos muñecos son malditos», decía, y dentro de mí, no podía dejar de darle alguna razón a sus palabras. Quizás malignos no era la palabra, pero si tenían algo de impropios. Pero era precisamente ese carácter impropio, ajeno, lo que me había movido a este desolado rincón.

Recordé una conversación años atrás, en la que Oviedo, un artista plástico de San Carlos, hablaba de ciertas figuras que sin reflejar directamente el mal, lo sugerían de manera tal que la gente podía percibirlo, y aún más, las personas más impresionables, manifestaban una clara repulsión y rechazo ante dichos objetos. Era una conversación tan antigua como el mismo mal. Recuerdo que citó ejemplos de tan diverso origen e inquietante comunidad, como la conocida imagen del Don Juan de los Caminos, algunos rostros de Brueghel el Viejo o las caprichosas figuras que se forman en las nudosidades de los árboles.

29

Una imagen ominosa se formaba nebulosa en mi memoria y sacudí la cabeza. Pensando que la fiebre definitivamente me llevaba al delirio, me arrebujé en la hamaca a esperar a las viejas.

«Usted lo que tiene es frío del invierno», dijo la anciana tras mirarme un rato el fondo de los ojos. Su increí-

ble y lacia cabellera negra, que denotaba quizás la última rebeldía y la marca indeleble de su raza aborigen, era a la vez —y esto solo yo lo sabía en el pueblo— la prueba certera de la falsedad de su apellido. Porque Concepción Izanoboco era negro o de ascendencia negra, tal como se desprendía de una vieja fotografía que me había mostrado Arcadio, cronista de Arauca, fechada al 11 de febrero del 33, primer aniversario de la fundación de Majaguillal.

—Segurito se emparamó y se tendió con la ropa mojá. La gente cree que el frío de invierno es juego. No, mire, ese frío si uno lo deja se mete en los huesos y a veces no sale ni con rezo. —Será del frío, pero ya me tiene ardido.

—Eso se le quita de aquí a la tarde.

—Ojalá.

—¿Y usted es el profesor que venía a conversá conmigo? Buena conversa íbamos a tené si lo mataba el invierno. Contrario lo que dicen por ahí, yo todavía no hablo con los muertos. —¿Todavía?

—Gua, en algún momento me tocará conversar con ellos, con los que les he rezao, con mis mayores, con un bojote de gente... Pero todavía no. Y de por Dios, júrelo que a usted también le va tocar. Pero no ande apurando esa conversa sin necesidad.

30

Le comenté que había estado en casa de un muchacho al que ella le rezó una picada de culebra en Bruzual y no me sorprendió que recordara el asunto, a pesar de los veinte años de por medio.

—Ramoncito taba muy pequeño, lo picó una pudridora, una cuatronariz del porte de una gente grande. Si no le rezo y le quemo la cabeza a la bicha, ese no la estuviera contando.

—¿Y cómo fue que llegó para allá? Bruzual es lejos.

—Por el río todo es cerca. Era invierno y las canoas bajan ligeras. Un compadre de la mamá del carajito era pescador de raya y una vez yo le curé y le saqué un cacho de esos de una pata. —¿Un cacho...?

—De raya, esas bichas tienen un cacho feo en la punta del rabo. Se encona en lo que canta un gallo y esa es una pudrición que le come la carne a la gente si no se cura.

—Ah.

—Y él mismo me vino a buscar. Eso fue ida por vuelta, a mí hace tiempo ya no me gusta andar por lejos. Por andar en esas viajaderas dejé solo al muchacho y ya no lo volví a ver más.

—¿Al muchacho...?

—A un hijo que tuve, me lo llevó la recluta y no me lo devolvieron nunca.

—Entiendo... mire, ¿y la Virgen de la cajita? ¿La llevó usted?

—¿Qué Virgen?

—Una Virgen del Carmen labrada en madera. Yo la vi en Bruzual, allá en la capilla de los Ojeda, en una caja forrada de medallas.

31

—¿En una cajita como así? —dijo haciendo un gesto.

—Ajá.

—Eso lo mandó Custodio embojotao. Yo no la vi sino después, cuando le iban a rezar la promesa a la cruz aparecía. De haber sabido qué era, no la llevo.

—¿Y cómo sabía él que ahí la iban a poner en el altar?

—Ah, pues, ¿qué voy a saber yo? Ese viejo es mañoso, sabe sus cosas, y aparte, él como que le debía un favor al viejo que me llevó.

—¿Y es amigo suyo?

—¿Custodio? Ese es como el dinero, no es amigo de nadie. Y como que habla más con esos piazos de tabla que con la gente...

—La gente de palo.

—Sí, así les dice él. Esas son vainas de loco. O de gente mala.

Le conté que había pasado la tarde del sábado hablando con él y que fue poco lo que pude sacarle.

—¿Y qué es lo que le andaba averiguando?

—Cosas de su trabajo con la madera, haciéndole unas fotos.

—¿A esos muñecos? A mí lo que me dan es miedo. Esos no parecen santos ni nada, son feos, malinos. Los santos son bonitos y tienen cara de, como de..., como de piedad, de adoración. Esos de Custodio lo que se les ve es como arrechera, como un rencor muy grande.

32 Lo del rencor era cierto, lo supe desde que había visto las vetas en el rostro de *El quahibo* en Barinas y ahora escuchando el cuento de Amparo, volvían a mi memoria imágenes que recordaban una suerte de *El jardín de las delicias*, en pintoresca versión criolla de madera de cedro, atrapadas en dura contorsión por el *flash* de mi cámara.

—¿Usted no ha visto los muñecos que tiene adentro en el rancho?

—Gua, claro. Si ese a veces los saca pa fuera del rancho. Los pone en todo enfrente, como si fueran una gran vaina, pa que todo el que pase los vea.

—Hay uno de un maraquero y otro de un negro de Puerto Ayacucho, según dice él. Y otros más o menos iguales, con la misma cara pesada, la misma mirada... no sé, fea.

—Feos son. Pero lo peor no es lo feo sino lo malintencionados que son.

—¿Y cómo puede ser malintencionado un muñeco, Amparo?

—La mala intención no la tiene nada más la gente. Uno a veces va por el río y en la orilla consigue un garabato 'e rama o escucha un pájaro, una bulla de esas en el monte y se le ve y se le siente la mala intención, lo torció. Como las marcas de pies que están pintadas río arriba, llegando al Igüés. El que pintó eso pintó algo que no debía estar ahí.

Me di cuenta que se refería al sitio llamado «Pies Pintao», que queda río arriba por el Portuguesa y tuve nuevamente la sensación de lo impropio. Pero seguí preguntando porque quería escuchar más de los propios labios de la vieja, me invadía la certidumbre de que estaba por decir algo importante.

—El canoero que me trajo dijo algo parecido, o no sé si tendrá que ver con eso. Hubo un momento en que se refirió a los ruidos de la costa como «la bulla de la noche, que nunca dice na' bueno».

—Refirió bien. Mi abuela decía, y era un decir de nuestros mayores, que esa bulla eran los ruidos y las canciones de yajevi, que vivía pendiente de uno pa perjudicalo.

—¿Su abuela era guahiba?

—Toítas nosotras somos Jivi —dijo, hablando con naturalidad en el plural guahibo de la Unuma—. Pero yo me aparté de mi gente. En parte porque todos me tenían por mestiza y otro porque ahí ya no respetan nada, viven en una sola bebedera de aguardiente, y por vivir las creencias de los curas se han puesto a hacer y nombrar lo que nunca deberían.

—¿Cómo así?

—Hacer cosas torcias como las que hace Custodio, y estar venerando palos y figuras malinas. —Pero tú también le rezas a la Cruz y a los santos.

—A la Cruz se le respeta, no se le reza. Se le canta porque es la señal del sacrificio y porque es la señal del cielo que marca el tiempo bonito, de la cosecha y de los ríos tranquilos. A los santos, jamás y nunca. Rezarle a esos pedazos de palo labrao es lo mismo que rezarle a Pumeneruwa.

—¿Y esa quién es?

—La mujer-de-palo que se robó Rey-Zamuro, y por su culpa le cayeron todas las enfermedades a la gente, una Sakimomovají⁹.

—Ahora sí no le entendí nadita Amparo —le dije por seguirle la corriente, aunque conocía bien esa parte de la

9 Creo que Amparo hablaba de las mujeres-gabán, las *Tsaki momovajji*, mujeres caníbales que se comen a los hombres que las veneran. Son el equivalente a las Lilith y lamias de la tradición judeocristiana, como las mencionadas en Isaías 34:14. Es curioso que algunos estudiosos opinen que la palabra hebrea (*lilith*) deriva de una raíz que denota «toda clase de movimiento de torsión u objeto retorcido» (G. R. Driver, *Palestine Exploration Quarterly*, Londres, 1959, pp. 55-56).

terrible cosmogonía Sikuaní y sus aún más terribles implicaciones en relación a la pervivencia de algunos mitos y la religiosidad popular de los Llanos.

Para su gente, las cosas no suceden en el orden cronológico habitual para nosotros, sino que están permanentemente alrededor, sucediéndose una y otra vez, y al recrearse los ritos, el operador del ritual se empotra en ese ciclo intemporal y se hace uno con el tiempo y el fluir mitológico. Sentí de nuevo la inminencia de una revelación y el nerviosismo se me confundía con los temblores de la fiebre, aumentando mi ansiedad.

—Pero a mí me han dicho que los guahibos, los Jivi, ya le rezaban a la Cruz desde antes que llegaran los españoles.

—No, mijo, la gente cree que nosotros le rezábamos a la Cruz porque en mayo, con la entrá de agua, le hacíamos cantos y fiestas, pero en verdad recordábamos a nuestro palo Kaliawirinaí, del que nació toda la Unuma, la comunidad de los Jivi. Pero no le rezamos, porque eso es malo, es malo rezarle a las cosas, porque todo tiene un espíritu y si uno le reza o le habla lo alimenta. Eso es lo que hacen los brujos y la gente de maldad, les rezan a sus muñecos de yeso, a las piedras y a los palos torcíos del monte pa despertá a yajevi y que perjudiquen a la gente.

35

—¿Tu recuerdas mucho esas historias, Amparo?

—Esos son cuentos viejos de mi gente que ya nadie se acuerda y por eso está el mundo como está.

Se levantó de la silla como en un gemido triste y dijo, ya saliendo del cuarto: «Hay cosas para olvidar, sí, pero uno siempre debe acordarse por qué las está olvidando».

7

Vi un árbol fractal sombra chinesca atravesando la Vía Láctea presurosa de orilla a orilla en canoa de doce varas persiguiéndome zamuro y canto atravesado manare del sueño errante donde se escapa la memoria Evaristo esta vez vestido de blanco escapulario negro madera hedionda arrojada desde la borda orilla sin boga sin canaleta sin orza que nos dé vuelta de regreso a la orilla la arena las palabras ancestrales dibujándose en un nido de terecay abandonado de tu sombra y la de Custodio cruzándose en medio de la sala baile que se retruca y se detiene en la inanidad de tres noches paridas en ron abierto.

No había amanecido, pero me desperté temprano pensando en la conversación (y la posterior pesadilla) de la noche anterior. Afuera se escuchaba un ruido de voces que me intrigaba, dado el carácter tranquilo y hasta huraño de doña Belén y María, únicas habitantes de la casa. Esperé un rato y cuando estaba por levantarme, entró María al cuarto y me dijo: «Levántese rápido, profeta, afuera lo buscan». Aún más intrigado me puse las botas y salí a ver de quién era la inesperada visita.

Afuera estaban doña Belén, Amparo y Rubén, el sobrino de doña Belén que debía haberme buscado la otra noche y que yo había conocido cuando pequeño, en una de las locas parrandas de Evaristo en El Baúl. Alrededor de la mesa donde humeaban sendos pocillos de café, parecían conversar animadamente. Me acerqué y de inmediato tuve un pocillo frente a mí y la mirada cómplice de doña Belén, como diciéndome «Aquí está lo que quería, pues».

Resultó que aguas arriba, en el Igüés, había un picado de culebra y lo habían mandado a buscar por Amparo para ver si le lograban salvar. Era invierno y con tanta lluvia parecía un riesgo —innecesario, por demás— dado su estado, bajar el hombre por río hasta La Unión, único lugar en las cercanías donde podría encontrar un antídoto. Además, parece que ya la pierna se le estaba gangrenando, síntoma indiscutible de que el veneno de mapanare le arrancaba la vida.

La discusión se centraba en si valía la pena ir, porque el primo que trajo el mensaje dijo que había visto

al herido ayer por la mañana; quizás cuando llegara Amparo ya fuese demasiado tarde, aparte de que, como ella misma había dicho, hacía tiempo que no le gustaba andar lejos de Guadarrama. A la final, acordaron que iríamos esa misma mañana —yo de coleado, porque me interesaba mucho presenciar la taumaturgia de Amparo—, en la rápida lancha de Rubén.

El recorrido hasta Igüés fue relativamente corto y sin sobresaltos. En poco menos de una hora estábamos desembarcando y una vez amarrada la lancha caminamos en fila hasta la casita del herido, que según nos dijo Rubén era un conocido suyo de apellido Orcial. Pensé que era imposible la no permanencia en el tiempo de los cuentos y memorias viviendo de esta manera, como habitantes de un lindero infinito donde todos se conocían o se sabían y así los destinos de la gente, y sus idas y vueltas, se imbricaban en un océano sin tiempo ni costa como los caños de la sabana cuando se botan en el invierno.

38 Afuera ya parecía un velorio, familiares y conocidos estaban sentados en cualquier pedacito de sombra disponible y algunos incluso ya apuraban los velorios tragos de una botella de Cacique, preludio de la larga noche de cuentos, anécdotas y olvido que se avecinaba. Algunos cambiaron un poco el ánimo con la llegada de Amparo, otros, menos optimistas, movieron la cabeza negativamente, como aseverando lo inútil de la diligencia.

Amparo le hizo una seña con la cabeza a alguien para que me dejaran pasar con ella. Adentro se escuchaba una mezcla de susurros que tendía al llanto. En una cama bajita, estaba tendido Rafael Orcial, a quien —según él mismo contó— una mapanare le había

mordido detrás de un gamelote, por andar persiguiendo los ojos de un venado en la oscuridad de una barranca del río, «por los laos de laguna 'e Pueblo Viejo». Amparo se arrodilló a su lado, murmuró algo entre dientes y levantó la sábana que le cubría la negruzca pierna. Lo vio, cerró los ojos y se levantó sin decir nada más. Alguien rompió en llanto cuando salimos. No miré hacia atrás, apesadumbrado y de cierta manera avergonzado por mi intrusión en tan dolorosa intimidad.

Afuera, Rubén se nos unió mientras volvíamos en silencio a la lancha. No fue hasta haber soltado el mecate que nos unía a la orilla que Amparo dijo algo no menos inquietante que su actitud.

—El que anda por caminos viejos, consigue mujer vieja. Ese hombre ya está muerto y no es por culebra.

Estas palabras de Amparo, envueltas en la amargura de una sentencia terrible y antigua, resonaron largo rato —de hecho, durante todo el camino de vuelta— en mi cabeza. Cuando llegamos a Guadarrama seguía envuelta en su parquedad, sin embargo, me arriesgué a preguntarle qué había querido decir y solo me contestó: «Luego hablamos eso, váyase pa que Belén, y luego hablamos eso».

39

La vi alejarse de la orilla mientras Rubén recogía los avíos de la lancha y una amarga y pesarosa frustración se adueñaba lentamente de mí.

«Eso si está feo, mijo», seguía diciendo doña Belén mientras colaba el café de la tarde. «Así dicen que murió el negro Tomás», murmuró. Me pregunté si se refería al mulato Tomás, el mítico fundador de Guadarrama, pero su expresión casi compungida me llamó a guardar silencio y esperar si ella misma quería agregarle algún detalle de luz a la oscuridad de los sucesos de manera voluntaria. Sin embargo, y para mi sorpresa, quien acompañó la taza de café con preguntas fue ella.

—¿De qué murió su hermano Evaristo?

—De una angina de pecho nos dijeron en Caracas. Hacía años que sufría de ese dolor, pero usted sabe cómo era, apenas dormía y no se quitaba un cigarro de la boca.

—Pestañadas era lo que echaba. Yo nunca lo vi dormir de verdad y eso que vivió como seis meses en ese mismo cuarto.

—¿Y por qué la pregunta?

40 —Él una vez me preguntó si yo había visto morir a alguien como picao de culebra, pero que no fuera picao de culebra. Yo creía que eran vainas suyas, era muy mamador de gallo cuando andaba de buenas. Pero una noche que estábamos sentaos ahí afuera, él me estaba hablando de las estrellas y esas cosas de los indios y me dijo que así se había muerto Tomás, según le habían contaó a él y a Jota Ele, «con la misma gangrena y el dolor de una mapanare, pero sin que lo hubiera picado ninguna serpiente», fueron sus palabras.

—¿Y de qué Tomás hablaba? ¿De Tomás el que dicen que fundó el pueblo?

—No sé, pero ahorita que me contó, me vinieron esas palabras a la cabeza. Porque su hermano siempre decía que tenía miedo de terminar muriéndose de esa muerte tan fea.

—¿Y quién es Jota Ele?

—¿Usted no sabe de Jota Ele? Era un amigo de Evaristo, su único amigo río abajo, en La Unión. Era curioso, igualito que él. Se la pasaban era de pueblo en pueblo en esas canoas, curioseando vainas de antes. Yo creo que era evangélico, porque no soltaba una Biblia, y siempre estaba como serio cuando Evaristo se ponía a hablar de los indios y sus cuentos y sus brujerías.

Me pregunté si ese Jota Ele no sería José Luis Medina, un pastor evangélico de La Unión con el que Evaristo había publicado a cuatro manos algunos artículos sobre tradición oral, y a quien mi hermano siempre mencionaba como «el único cristiano inteligente más acá del río Meta». Al salir de San Carlos había pensado llegarme hasta La Unión a ver si podía hablar con él, pero me dije que la nostálgica idea de recuperar memorias de Evaristo no era como para entusiasmarse y lo había dejado de lado. Pero ahora, a la luz de los últimos acontecimientos, pensé que era necesario hablar con Medina y que quizás en esa conversa pudiera encontrar solución de continuidad para mis ideas. De modo que pacté con Rubén para salir en la mañana a La Unión, no sin antes tratar de sacarle alguna otra información a la cada vez más inquietante Amparo Izanoboco.

41

Esa noche lo único que soñé fue el pecho inerme de mi hermano Evaristo subir y bajar al pulso de otras manos, y como en espejo, otras manos subiendo y bajando para sacarle ese pulso.

«Mire, mijo —me dijo Amparo—, yo no sé qué anda buscando usted, pero cuidao y consigue lo que no se le ha perdido». No supe cómo contestarle y bruscamente a lo único que atiné fue a preguntarle si en verdad había conocido a mi hermano.

—Claro que lo conocí al Evaristo. Era necio y en eso se le parece. Pero no era un mal hombre. Yo presentí que no volvería cuando se despidió la última vez. Se le veía el dolor en la cara.

—¿Y por qué no me dijo que lo conocía?

—Usted no me preguntó.

—Yo solo ando siguiéndole el rastro a algunas cosas de las que él escribió. Llámelo una cuenta pendiente, una deuda de hermanos, lo que sea. No hay nada malo ni oculto en ello.

—En eso no, pero en lo que él dejó atrás..., no sé.

—¿Tiene que ver con lo que vimos en el Igüés?

42 —No sé si tiene que ver. Pero él echaba ese cuento de que a Tomás lo había matao un mal que era como la culebra pero que no tenía dientes. Una vez hablamos largo de eso porque él quería saber si entre yajevi había alguien que mataba de esa muerte, ¿y qué voy a saber yo de yajevi? Esos son nombres muertos, tan muertos como el hombre que vimos ayer en el Igüés. Hace años que ya nadie habla de eso y cuando las cosas no se hablan, se mueren.

—Entendí que se refería a una vieja costumbre guahiba para conjurar el mal. Comprendí que para su pueblo,

yajevi se había ido convirtiendo en ímproba verba, palabras o nombres impropios. Tanto como impropias eran las imágenes de Custodio, algunas formas y sonidos en la naturaleza a las que todavía la gente eludía sin saber la causa, o algunas muertes, como la de Rafael Orcial.

—¿Y usted ha visto más gente morir de esa manera?

—Yo no, pero mi vieja me contaba y por eso cuando le vi la pierna a ese hombre supe que era de eso que se estaba muriendo.

—¿De qué?

—De algo peor que la picá de una culebra. De lo que se va a venir muriendo Custodio por andar venerando los palos torcíos del monte. Muerto por la mano de Pumeneruwa, que cuando ya ningún Jivi la nombraba la vinieron a traer los curas junto a sus tsaebias¹⁰ y sus caballos y la mala costumbre de estarse sentando los hombres en el suelo.

—¿Y cómo lo supo así, tan rápido?

—Porque ese fue el hombre que me llevó pa Bruzual, el que llevó el encargo de Custodio.

Y no hubo manera de que dijese nada más al respecto. El tono de sus últimas frases sonaba ya como una dura reprimenda y hablaba mucho de la fuerza con que pueden persistir las costumbres y arraigarse en el inconsciente colectivo a través de los tiempos.

Veinte dolientes generaciones de guahibos habían sufrido humillaciones, presenciado muerte, desolación y

¹⁰ Los guahibos llaman a los negros *tsaebia* y a los blancos, *niopo* o colectivamente, *niopa*. No tienen nombre específico para los sacerdotes o curas, pero los asimilan a una cualidad negativa, al ser considerados tradicionalmente los portadores de las costumbres *niopa*.

blasfemias a lo largo y ancho de sus ilimitadas sabanas y esta mujer, mitad blanca, mitad india, aún renegaba del mal que había llegado de allende las aguas. Quizás por eso había tomado el apellido de un negro cuando se apartó de su gente: para mostrarse a los demás y a sí misma que también había roto las reglas, que también se hacía ajena a las costumbres, y con ello, dejaba de formar arte y parte de ese mal redivivo que se extendía por sabanas y ríos que hasta hace poco vivían en la Unuma y el equilibrio.

Apenas conversamos un rato más. Nos reímos como por convención de las torpezas de Rubén, cuando le dije que iba con él a La Unión. Me dijo que me cuidara de que Rubén no me pintara toda la ropa de chimó y al final me despidió quedándose parada en la puerta, como quien despide con cierta aprehensión a alguien que no se sabe si va por buen camino, o peor aún, que no se sabe si volverá.

Vi un pueblo encendido en llamas y a la vez inundado en barro grueso primigenio de antiguos huesos animales oscuros merodeando la sabana de adentro el pecho corazón despabilado en asombro fealdad suprema veteada y anudada que se esconde la otra curva del río que no sé la confluencia y las tres lunas.

La Unión —o La Unión de Barinas como algunos le llaman— fue fundada aproximadamente en la segunda mitad del siglo XVIII. Se encuentra en el sitio que se llamó en la época de la colonia Paso Real de La Portuguesa. Según el criterio de algunos historiadores, esta localidad fue fundada por capuchinos andaluces, con el nombre de Nuestra Señora de la Paz de la Unión. Llena y atravesada de leyendas de todo tipo, ha permanecido como lugar de confluencia de rutas y vidas. Algunos cuentan que aquí, Manuelito Pérez Acosta, con un arpa que recibió en herencia, compuso el pasaje «María Laya» a la hermosa y legendaria hija^{II} de la india Juana Laya y el «padre» Juan Antonio Menéndez Infierta. Dicen que fue en La Unión de Barinas donde Clara Blanco de Zárate, esposa del guitarrero de quirpa Juan Rafael Zárate, le contó al poeta Arvelo que en la enramada forrada de bajeros de su hijo Antonio fue donde, una noche de Pascua Florida, se presentó un hombrecito de rara apariencia convidando a cantar a Florentino Lovera, al amparo de los alcornocales.

Ciertas o producto de la imaginación febril del llanero, estas historias pervivían con otras más antiguas y me-

II Según una carta de Julio García Díaz, conocido en aquellos tiempos como el Ño Aguedo del semanario *Fantoches*, al poeta Germán Fleitas Beroes, la letra del pasaje la terminaría «Manuel Hurtado Rondón, que nació y vivió a dos cuerdas de donde nació la señora madre de Juan Vicente Torrealba». Según García, María Laya descansa en La Unión «bajo la hermosa corpulencia de aquellos samanes milenarios, digna tumba de una mujer que llevó en sus venas la sangre bravía de tres razas, la africana, la india y la ibérica».

nos inocentes, historias de «familiares», de hatos malditos, de bandas de esclavos entregados a impíos frenesíes, a guahibos rapaces de sangre merodeando agua arriba y agua abajo y más atrás, lejos en la memoria barrosa de las barrancas, los masaguaros y los alcornos, a oscuros rumores prehumanos que entre murmullos y sombras parecían habitar aún en los rescoldos de estos ríos.

Y fue desde La Unión que Evaristo me escribió un día para decirme que, verdaderamente, Dios castiga sin palo ni rejo, refiriéndose a su enfermedad y que en su trahinar por esos ríos había encontrado «una verdadera mina de leyendas y tradiciones orales sobre males ancestrales aún por transcribir y que harían morir de envidia a Kramer», en referencia al estudioso de la mitología sumeria, Samuel Noah Kramer, uno de sus autores clásicos favoritos. «Esto tienes que venir a verlo para creerlo», solía decir, para extenderse en sus interminables retahílas de comparaciones, datos sueltos y especulaciones más apropiadas a un antropólogo que a un escritor.

Rubén dejaba mecer la lancha entre rompiente y rompiente del Portuguesa, que a estas alturas se hace más ancho y poderoso antes de regarse por los esteros de Camaguán y fundirse con el Apure en un océano hirviente de barro y arena. A ratos, el rugir del fuera de borda espantaba a un dormitado babo, que huía presuroso bajo el agua, o a una bandada de garzas, levantando un torbellino de gritos y plumas plateadas al sol.

En La Unión, el río ha ido apartándose caprichosamente hacia el Guárico y el embarcadero queda ya a unas pocas cuerdas del pueblo, sin que el recodo que se ofrece de puerto se haya convertido por ello en un lugar

desolado. Como antaño, verdaderas hordas de mercaderes venidos de agua abajo y agua arriba pululan ofreciendo y buscando mercancías de todo tipo, en un festín que lleva como en sueños a una época no tan lejana, cuando el río era la única carretera y el centro absoluto de la forma de vida de los pueblos del Llano venezolano. Muchos son hombres con el rostro curtido de sol que a primera vista no pasan de los cincuenta años, pero que al conversarlos, uno los reconoce casi centenarios, verdaderos libros vivientes llenos, como el pueblo mismo, de testimonios y consejas.

Ya en el pueblo —casi una pequeña ciudad en sí misma—, con sus tiendas y escuelas y hasta un hospitalito, anduve por la calle principal «buscando hacia la Escuela Nuestra Señora de la Paz, a mano izquierda», como me había dicho Rubén, que se quedó comprando un queso en los embarcaderos. Como a tres o cuatro cuadras encontré la casita de frente plana, que a la vez servía de iglesia para el rebaño de José Luis Medina. La pequeña reja estaba abierta y en una puerta lateral se adivinaba la entrada. Toqué dos veces y una mujer de rostro amable, pero con tristeza en la mirada, me invitó a pasar sin siquiera preguntar quién era ni a qué venía. Cuando pregunté por el pastor, entendí en su rostro que él era la causa de su tristeza y, al mismo tiempo, comprendí que José Luis Medina había fallecido.

—Usted debe ser Teresa.

—Y usted debe ser hermano de Evaristo, ¿es igualito a él!

—Sí, soy su hermano menor. Se nota que venía mucho por acá. ¿Su esposo...?

—Mi esposo murió —dijo con suavidad, casi al borde del llanto y comprendí que no le era fácil sobrellevarlo.

Le vi las manos delgadas y casi las sentí cansadas de enjugar llanto, de tocar los objetos de Medina, de tantear su calor ausente en las noches. Vi en ella el mismo sufrir melancólico y lento de María, mi cuñada y peregrino amor de Evaristo, y le dije de la muerte de aquel en la fría Caracas, lejos de sus ríos y sus sabanas.

—¡No puede ser! ¿Por qué tanta desgracia mi Dios? Eran dos hombres justos, dos buenos amigos. —Guardé silencio y le dejé desahogarse—. Yo les dije, me cansé de decirles que dejaran de estar curioseándole las brujerías a esos montes. Uno no debe ver esas cosas y por eso Dios las pone lejos, en esos rincones de sabana donde nadie debería de acercarse. No me vaya a decir que usted anda en lo mismo, ya es suficiente con lo que le paso a Miguélito, y a mi esposo y no sé si a su hermano.

49

—Evaristo sucumbió a su enfermedad de siempre... No creo que haya tenido que ver con algo de aquí. Él fumaba mucho, supongo que su cuerpo se resintió de tanto abuso. ¿De qué murió su esposo?

—De fiebres, el mal de Guanarito. A mí me tuvieron cerquita de la tumba casi tres meses y gracias a sus cuida-

dos pude levantarme. Pero a él no le valió ninguna atención, se me fue apagando día con día, hasta que se fue, se me fue. —Sentí que se le quebraba la voz, pero seguí en silencio—. Pero bueno —dijo secándose una lágrima—, hay que seguir. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—La verdad, ando tratando de entender un poco lo que hacía mi hermano. No tanto de continuar, ni seguir sus pasos, pero sí de entender algunas cosas de su vida, que tal vez den cuenta de algunas cosas en mi propia vida.

—Entiendo... Y venía entonces a conversar con Medina.

—Sí, así es.

—Es una pena. Mi esposo enfermó a los primeros de mayo, con la entrada del invierno y de esa cama no volvió a levantarse. Algunos días se animaba y trataba de ir poniendo sus cosas en orden. Yo creo que él presentía que se iba a morir. Después de lo de Miguelito, mi esposo no volvió a ser el mismo.

—¿A qué se refiere con eso? ¿Quién es Miguelito?

—Es el hijo del doctor Miguel Torres, pero también era como un hijo para Medina. Le ayudaba en sus cosas, era un buen cristiano, un muchacho modelo, pues.

50

—Dice que era, ¿acaso...?

—No, no, Miguelito está vivo. Pero un día, Medina lo mandó a un sitio con un señor de Guanarito, supuestamente era cosa de tomar unas fotos y vistear el sitio para él ir después con propiedad, de repente hasta contando ir con su hermano que en paz descanse. Medina no fue porque yo estaba postrada en cama y tenía que quedarse a mi lado. A Miguelito, allá le pasó algo... Algo que nadie sabe. Lo cierto es que el otro señor, el señor de Guanarito,

no se volvió a ver más. Y Miguelito apareció, bueno, una no cree en esas cosas que dicen por aquí, yo soy de Barinas, sabe, pero la gente dice que el muchacho estaba como asombrado.

—¿Asombrado?

—Así dicen cuando alguien ve un espanto.

—Sí, sí, ¿pero eso no fue en el día?

—Él salió en la mañana. Pero lo que sea que le haya pasado o haya visto pudo haberle pasado a cualquier hora, porque lo encontraron fue un día por medio después, caminando como borracho por la orilla del río. Lo vieron unos muchachitos que venían tapando caramas y escucharon un bululú en la enramada cerca la orilla. Vistearon a ver si era un báquiro, pero era Miguelito, que deambulaba, sucio y atolondrao, balbuceando como un chiquito.

—¿Y estaba herido o lastimado?

—En el cuerpo no. A lo más tenía las rayas del monte y las picás de los bichos. Pero en el espíritu traía una puñalada.

—¿Usted lo vio?

—Reciencito que estaba peor, no lo vi porque yo estaba en cama. Lo vi como al mes que fui con Medina a llevarle unas sopitas y de broma no me da algo, de la impresión y la lástima. —Cuénteme, ¿cómo lo vio?

—Eso parecía... no sé cómo decirle. Como un niño en cuerpo de grande. Se le iba la mirada y de repente le venía, como una luz en la sabana. Entonces hablaba un rato casi normal, preguntaba por los demás y hasta se reía. Pero lo más se quedaba como viendo lejos y cuando se iba, ido del todo, lo que hacía era balbucear sin razones.

—¿Cómo así?

—Yo no quiero ni repetir esas cosas. Pero Medina las anotó para escribirle a su hermano. Él le mandó una carta y los papeles en un bojotico con el doctor Miguel Torres, que andaba buscándole cura al muchacho, pero nunca lo consiguió en San Carlos y luego me lo devolvió, con otras cosas que Medina había mandado antes.

—Seguramente las mandaron a su casa de San Carlos.

—Ajá.

—Evaristo se fue a Caracas entrandito abril para hacerse unos tratamientos. Pero de allá no volvió. En parte por eso quise venir, a ver en qué andaba, como decía mi abuela, a recoger sus pasos.

—¿Quiere los papeles? Aquí ya nadie va a hacer nada con eso.

—Me gustaría leerlos.

—Se los voy a buscar. Y también un café, que lo único que le he ofrecido son recuerdos tristes.

Salí de esa casa como una hora después. En mi interior, sentía haberle hecho más bien que mal a la viuda con mi visita. Pero quizás me lo decía a mí mismo para autoconsolarme. No podía dejar de pensar que tal vez Teresa y Amparo tenían razón, y había sido la curiosidad de Evaristo y Medina lo que había traído tanta tristeza a la gente.

Sabiendo que Rubén aún tardaría un poco más negociando con los vendedores de queso, la impaciencia me pudo más que la prudencia, y me senté a revisar los paquetes en una canoa vieja y volteada boca arriba, dispuesta como banca improvisada bajo la sombra de un frondoso samán, ya saliendo hacia los embarcaderos. Demoré por un rato la mirada en la veteada y agrietada quilla, como siguiendo el rastro en el tiempo a las aguas y sueños perdidos de los canoeros que la amaron y la amarraron a sus orillas y también aquellos que, como en la canción de Montoya, le dieron el gusto de llevarla a conocer infinidades de puertos. Pensé en mis propios puertos y costas perdidas: siempre hay una costa y un recuerdo amarrado a sus orillas, y siempre hay un río y un tiempo que nos distancian, para siempre.

La primera carta estaba fechada el 22 de marzo. Estaba escrita con letra pulcra, muy bien cuidada y sin errores, lo que hablaba mucho de la cultura de Medina. El estilo arcaizante y decoroso recordaba que su autor era también un estudioso de la Biblia y no solo un buscador de cuentos como Evaristo:

53

Estimado amigo:

Hace mucho no tengo noticias tuyas. Espero en Dios que tu salud haya mejorado estos meses y podamos dar conveniente término a las indagaciones que emprendimos el invierno pasado. Por mi lado, debo confesar que poco he avanzado en lo que acor-

damos, en parte debido a que Teresa ha estado enferma. El doctor Miguel Torres dice que son fiebres tropicales y que gracias a Dios no es la variedad hemorrágica tan frecuente en Guanarito, que por lo general termina con la muerte, no sin antes causar horrendos sufrimientos a los desventurados que la padecen. Por cierto, a esas fiebres los indios las llamaban wanare, lo que me ha dado pie a curiosas especulaciones sobre el nombre de dicho poblado.

Por todo esto, he tenido que atender yo solo la construcción de la nueva iglesia, que también nos servirá de biblioteca, ya que las recaídas de la pobre han sido recurrentes y de fatigado sobrellevar.

Sin embargo, algo pude averiguar respecto al sitio llamado «la oscurana» que mencionaba Clara Zárate en su relato. Se trata de un brazo antiguo del río Portuguesa, conocido como «laguna Pueblo Viejo» y que no es más que un meandro abandonado por el río hace como doscientos años, que todavía se inunda cíclicamente entre verano y verano, sin llegar nunca a tomar tanta agua como para recuperar corriente y sin secarse tampoco del todo. Al parecer, queda como a mitad de camino entre Igüés y Guadarrama, y por supuesto, tiene muy mala fama entre los baquianos con los que he conversado. Algunos dicen que está dentro de los linderos de lo que fuera Charco Azul y no resulta fácil de alcanzar ni por río ni a caballo. Solo un hombre me dio mayor detalle al respecto: Humberto Marcano, un pescador y cazador de babos de Guanarito, me dijo que el lugar estaba feo, que no era más que un

changurrial perdido en un cajón de sabana, con chaparros torcidos saliendo del barro hediondo como cruces en un cementerio de locos. Incluso me dijo algo que me llamó mucho la atención: «Si quiere ver vainas de indios, mejor lléguese a Pies Pintao», lo que implica que algo antiguo o relacionado con los indios debe esconderse en esa zona.

No he podido llegarme hasta allá, al menos para echarle un ojo, por las razones que ya te conté y porque la entrada de agua ha estado, por decir lo menos, intensa. Pero estoy contando con que escampe unos días para llegarme hasta el sitio con el tal Humberto, que aunque habla mal del sitio, no parece negado ante la posibilidad de ganarse algo como baquiano. Cuéntame, ¿cómo te fue en el Archivo General? ¿Lograste averiguar algo más de Andrés Aquino y su grupo? En estos pueblos no vamos a conseguir nada más lejano o preciso que la memoria de la gente y ese es un cabo importante por anudar entre tanta superstición, brujería y, válgame Dios, tanta idolatría. Yo conozco tus ideas al respecto, pero no dejo de insistir en que la mano del maligno está o estuvo metida en todo este asunto más de lo que imaginamos. Estaré orando por tu salud y porque Cristo ilumine tu alma, que orientada como está hacia el bien, no debería seguir alejada de Su senda. Te envío la presente a la dirección que me dejaste, con Miguelito, el hijo del doctor Miguel, que pasará por San Carlos esta semana y se ofreció a llevarla junto con las cintas y copia de las transcripciones del material del invierno pasado. El muchacho ha mostrado gran

interés en el asunto y creo que me será de utilidad mientras Teresa se recupera y no puedo moverme mucho de La Unión.

Espero sinceramente que el Señor levante tu salud y te podamos tener de nuevo mamando gallo en los esteros.

Un abrazo,
Jota Ele

Las cintas mencionadas en la carta estaban cuidadosamente envueltas en un sobre de manila, y por lo que pude intuir, las transcripciones también se encontraban ahí, completas, formando un pequeño ovillo en el que se adivinaba la nítida caligrafía de Medina. No tenía grabador de cinta, por lo que no podría oír los audios originales hasta regresar a San Carlos, pero sí pude curiosar las transcripciones.

56

Las dos primeras eran conversaciones y el tema, básicamente, era locación geográfica. En ellas se dedicaban a trazar los linderos de un territorio con el auxilio de dos viejos baquianos de la región, a los que solo se identificaban como Elías, Roberto y Josué. En ella se mencionaban continuamente lugares como «Montaño», «Rivero», «Charco Azul» y otros que de ninguna manera se correspondían con lugares que yo conociera, excepto el último, que sonaba bastante parecido al nombre que dan al cajón de sabana inundable que se extendía al norte de Igüés y que llegaba hasta El Pedinero, bañada enteramente por los caños Igüés y La Iguana. Tal vez, la toponimia hubiera ido cambiando o se referían a pesqueros

o marcas de baquiano cuyos nombres no son de uso común. La única coincidencia era el sector conocido como laguna Pueblo Viejo, la cual se mencionaba en la carta y aparecía registrada en un mapa, ubicada a 8° 34' norte y 68° 2' oeste, por tanto casi equidistante de Guadarrama e Igüés y a escasos dos kilómetros y medio de la primera.

Las otras transcripciones correspondían a un largo anecdótico de tema disperso y con aparente poca coherencia entre sí. Sin embargo, dos me llamaron la atención porque parecían tener un interés común. El primero, fechado en noviembre, no tenía más identificación que «Ramón Moreno. Jovalito».

E: ¿Dónde naciste, Ramón?

RM: Aquí mismo, en Jovalito. Yo me fui un tiempo pa Igüés, a trabájale al dueño de un comercio, pero me vine luego a trabajá por mi cuenta. Eso es muy maluco trabájale a otro habiendo tanto pescao en ese río. Me vine p'acá y aquí, con el favor de Dios, pude levantar mi familia, viviendo del pescao y de tejé atarrayas.

E: ¿Tú conoces todo esto por aquí, verdad?

RM: Algo (*risas*)

E: La otra vez en Guadarrama me echaron un cuento, alguien me habló sobre pueblos desperdigados, perdidos en la sabana, que ya nadie se acuerda de ellos. ¿Tú qué sabes de eso? RM.: Bastantes sitios hay donde antes vivía gente y ya no pasan ni las bestias.

E: ¿Sabes de algún sitio de esos, de algún pueblo perdido en la sabana?

RM: Si está perdió nadie sabe dónde está (*se ríe de nuevo, esta vez, denota algún nerviosismo*).

E: Eso es verdad. Pero algo debe comentar la gente.

RM: La gente comenta mucha cosa que no debería. Hay pueblos, sí, pueblos perdíos en la sabana, que la gente los dejó y ya nadie se quiere acordar. A unos los mató el paludismo, otros murieron de mengua cuando el río cogió pa otro lao y otros que, bueno, nacieron de mala fe y de mala fe terminaron.

E: ¿Y tú conoces alguno así, que haya nacido y terminado de mala fe?

RM: Yo nunca he ido, siempre le metieron miedo a uno con ese sitio, pero dicen que en laguna Pueblo Viejo, por el lao adentro de la curvita, del brazo de agua, hay los rastros de un pueblo, que dicen que fue donde primero fueron a hacé Guadarrama, pero que se quemó y lo volvieron a hacer más abajo, donde está ahorita.

E: ¿Y cómo hace uno para entrarle para allá?

RM: Lo primero que hay que está es bien loco, porque pa ese sitio no va nadie, ni mandinga, pues.

E: Pero suponiendo que uno esté bien loco y quiera ir, ¿por dónde se le llega?

RM: Hablándole con la verdad, ni me lo figuro porque la orilla desde la Portuguesa es un monte bien feo y por el otro lao hay que atravesar un cajón de sabana muy grande, a menos que vayan a llegarle por derriba en avioneta (*se ríe de nuevo, más distendido*).

El segundo testimonio, también de noviembre, era del mismo talante, pero decía «Mirta Sandoval. Rivero».

E: ¿Dónde nació usted, doña Mirta?

MS: Yo nací pa mil novecientos catorce, en un sitio que llamaban Rivero, pero que ya no está más.

E: ¿Cómo así, que ya no está más?

MS: En Rivero ya no vivió más nadie. Eso de casualidad no lo acabó el paludismo antes de Pérez Jiménez y los que fueron quedando se fueron yendo pa otros pueblos, a buscá otra vida. Yo estaba muchachita, pero me acuerdo que un domingo recogimos todo en unos bojotes, como pudimos, y nos fuimos en el bongo de mi padrino pa Samancito y luego pa las Trincheras. Ahí viví hasta señorita, ya grande, pues. Ahí me enamoré de mi negro y me vine con él pa'l Igüés, de donde ya no me fui pa más ninguna parte.

E: ¿Y en Rivero no quedó nadie?

MS: Donde hubo caserío fueron quedando algunos resabiao, como decía mi papá, que no se querían ir y dejar lo suyo, pues, su tierra, sus conucos, sus ranchos. Pero a la final terminaron yéndose cuando eso fue quedando más solo y nadie ni llegaba para allá por el río. Los últimos que se vinieron fueron una familia de apellido Albarrán, que eran hijos de un musiú. Esos cogieron pa Barinas y me dijo mi hermana, que en paz descanse, que una vez los había visto y había conversao con

uno de ellos, y le contó que allá no quedaba nada, que él había vuelto namás por nostalgia un poco de años después y ya eso se lo había tragao la sabana.

E: ¿Y usted se acuerda por dónde quedaba Rivero?

MS: ¿Qué me voy a estar acordando yo? Estaba pequeña y cuando nos vinimos todo era un mar de lágrimas. Ya jamás y nunca volví. El negro a veces decía que mi pueblo quedaba en una curva del caño que baja por Samancito, pero yo la verdad no me recuerdo.

No encontré el «relato de Clara Zárate» al que se hacía referencia en la carta, pero supuse se trataba de la misma «Clara Blanco de Zárate», que la tradición incorporaba al ciclo de Florentino y el Diablo. De todas formas, me intrigaba lo poco que había leído. ¿Qué interés más allá del literario podían tener Evaristo y Medina en andar buscando pueblos perdidos, restos de sueños esparcidos en una sabana, cuyos únicos linderos son los ríos y el miedo? De alguna manera sabía que tenía relación con la religiosidad Sikuaní y algunas tradiciones orales sobre la fundación de Guadarrama y otros pueblos. También intuía que algo tenía que ver con algunas muertes, como la de Rafael Orcial, pero no alcanzaba a imaginar cómo podía relacionarse todo esto. A todas estas, ya Rubén venía llegando y comprendí que no podría terminar la lectura hasta llegar a Guadarrama, decidí sentarme en la lancha a escucharle los cuentos al muchacho y tratar de ordenar un poco mi confundida cabeza.

—Epa, Rubén, ¿y tú no supiste más del señor Orcial?

—Ayer lo enterraron. Fue como dijo Amparo, ya ese señor estaba muerto.

—Ella dijo que no era de culebra. ¿Tú qué crees?

—Ella sabrá. Por aquí hay muchos cuentos con esas bichas, y más por esos laos donde Orcial fue cogiendo la orilla. Y que atrás de un báquiro. Yo ni que me salude un caramerú y me haga señas pa que me lo coma me le meto a esa montaña más acá del Igüés, eso ahí es muy feo.

—Mucho monte.

—Y bejuco de ese que llaman cadena y un barrial hediondo que hay tras la barranca.

—Y por allí, ¿para dónde se sale, Rubén?

—Ese lao da para el cajón de sabana que llamaban Charco Azul, que era un ható grande que tiraba hasta el Guárico. Pero por ahí no hay entrada. Aparte, ahí dicen que espantan.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, uno pasa de noche y eso es callaíto.

61

—Ah, pero es tranquilo entonces.

—Demasiado tranquilo, y eso es lo feo. Ahí no se escucha bulla de nada. Uno pasa y se oye es la agua pasando, como si no hubiera más nada en esa oscuridad.

—¿Y de día igual?

—De día... uno pasa y no se nota. Es más, al que no sabe ni se da por enterao.

—¿Al que no sabe qué?

—Que por ahí queda la laguna.

—¿Y tú la has visto?

—Ya le dije, ni loco.

—¿Y cómo sabes que La Guaira es lejos? —dije entre risas.

—Gua, uno sabe. Su hermano no era de aquí y también sabía.

—¿Tu pasaste por aquí con mi hermano?

—Bastante. Él decía que esos eran cuentos, que ahí no había nada de lo que se decía, que el cuento era otro y él ya se lo estaba figurando. Y a lo mejor es verdad. Pero lo cierto es que a Orcial lo perjudicaron por andarse asomando por ahí. Y no es el único, ¿sabe?

—¿De verdad?

—Ajá. Hace como tres años a Dominguito, un ahijado de Belén, le echaron su buena vaina por esos laos. Y nada, del tiro se fue pa Barinas.

—¿Lo espantaron?

—Yo no sé. Él andaba con otro carajo levantando galápaga, que pa esas fechas ya han puesto y están gorditas y de repente salió pegando gritos de un mogote y se le tiró al agua como arrebiatao. De ahí no habló más en to'el camino y a los tres o cuatro días recogió sus corotos y se fue pa que la familia de Belén, que vive en Barinas.

—¿Y de casualidad el que andaba con él no serías tú, Rubén?

—Ni de vaina. Yo aquí donde usted me ve, yo le tengo miedo a los galápagos. ¡Esos bichos pican muy duro!

—Será que muerden duro, Rubén.

—¡Pican! Déjese agarra un deo pa que vea que se lo pican —dijo, soltando la risotada negra por la bola de chimó.

«¿A qué se le parece?», preguntó una voz a mis espaldas que identifiqué de inmediato, con poca o ninguna sorpresa.

—No sé don Custodio. ¿A usted qué se le parece?

—Es como una casa muy grande, llena de gente.

La enigmática respuesta se hacía más oscura si se consideraba que nos estábamos refiriendo —o al menos eso creía yo— a un venerable samán que se erguía a la entrada de Guadarrama, cuando uno viene del río. De dónde había salido el anciano tallador era un enigma menos rebuscado, pues ya me habían contado de su costumbre de aparecerse de improviso en los lugares más insospechados, como un diminuto merodeador de piel morena y lustrosa.

El árbol era grande, ciertamente, con sus formas fractales enarbolando su completitud ante las nubes. Era un gigantesco espécimen con su característica copa en forma de paraguas¹² extendiéndose en derredor en vertiginosos sesenta metros de verdor y se levantaba hasta quizás por encima de los veinticinco metros, sobresaliendo con mucho de entre los escuálidos arbustos que sobrevivían al sol y los veranos. Por el grueso de su tronco deduje que era varias veces centenario y no albergaba duda de que hubiera estado ahí hace doscientos años, o incluso más, y que hubiera influido en la escogencia del sitio para edificar el pueblo.

¹² Esta característica le ha ganado el nombre de «árbol de la lluvia», en diversos lugares de Latinoamérica.

Innumerables referencias culturales, históricas y de cualquier índole se agolparon en mi mente en este instante contemplativo, y en especial me detuve en el Samán de Güere, que se hizo presente con su carga mítica desde el mismísimo origen de su nombre —que la leyenda sitúa hacia el año 950—, cuando los indios caribes se enfrentarían en batalla contra los Arawak¹³, quienes perdieron la batalla, pasando por la extensa descripción que de esta especie hiciera Humboldt, quien describiría al árbol como «un objeto que se presenta en el horizonte como un terromontero redondeado, como un túmulo cubierto de vegetación. No es una colina ni un grupo de árboles muy juntos, sino un solo árbol: el famoso samán»¹⁴. Presencia obligada en nuestra cultura, el samán representa para el llanero las fuerzas benéficas de la sabana, la protección y el amparo frente al sol inclemente, la aridez y la soledad de sus caminos. ¿Cuántas canciones, corrios y leyendas no se han tejido a la sombra de su abrigo? ¿Cuántos amores, batallas, treguas, encuentros y desencuentros han tenido su fronda como centro?

Súbitamente, escuché una especie de oración a mis espaldas y recordé que ahí estaba el viejo Custodio.

13 En esta batalla mítica, el chamán de los Arawak perdió la vida y encontraron su cuerpo junto a un pequeño árbol que pasó a ser conocido como *shamá*, en representación del fallecido chamán y de allí que al árbol desde entonces se le conoce como *samán*. Este nombre llegaría a los Llanos a través de los Achagua, que pertenecían a esa etnia.

14 Así describe el sabio alemán al venerable *Samán de Güere*, agregando que este era «conocido en toda la provincia por la enorme extensión de sus ramas que forman una copa hemisférica de 576 pies de circunferencia» (Alexander von Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1956, pp. 87-88).

Saliendo de mi elucubración me concentré en su voz que lentamente musitaba: «Cuando ya no estemos con vida en esta tierra todavía vivirá nuestro Dios». Le pregunté qué era eso y me dijo que era «La canción de la india Jirimai». La identifiqué como la legendaria Hirimay, custodia de la sabiduría Arawak que aparece en muchas tradiciones orales en torno al Samán de Güere y de nuevo no me causó sorpresa el hecho de que, por rara coincidencia o por otras razones, el viejo estuviese siguiendo el vago rumbo de mis pensamientos.

Me olvidé por un momento de la carta y los papeles que me faltaban por leer, pues me pareció tan oportuna la presencia del viejo que decidí seguir el curso de los acontecimientos como se iban dando. Volviendo a mis suposiciones, pensé deliberadamente en voz alta si Andrés se habría detenido al ver este frondoso símbolo de refugio y por eso había detenido aquí sus atrocidades. El viejo pareció meditar un poco antes de afirmar, con una autoridad que no le había escuchado en la voz, que no había sido Andrés, sino Juan Hernández, que habiendo aparecido como un salvador para alguna gente de Andrés, después de la noche del samplegorio, les llevó a esa costa de paz, al amparo de aquel samán, en un amanecer oloroso a humo y pecado antiguo.

Le pregunté —casi inocentemente, como cuando le preguntaba a mi abuela— si se sabía esa historia.

—Sí me la sé, toítica.

—¿Y por qué no me cuenta aunque sea un pedazo?

—Venga, siéntese por aquí —dijo indicándome unos troncones a manera de banco. Pensé que era apropiado que el hombre de la gente de palo, siempre le consiguie-

se utilidad a cualquier trozo de madera. Al tiempo que se sentaba, clavó el toco de machete en el suelo y usó la empuñadura a manera de bastón, de tal forma que parecía una suerte de gnomo anciano y sabio, como en las ilustraciones de cuentos infantiles.

«Primeramente, que le quede claro que Andrés, llamado Tomás, no fundó Guadarrama ni na», dijo, y comenzó un deshilado relato que empezaba en San Carlos, cuando Andrés Aquino, «a quien mentaban Tomás por lo belloco», salió de esa villa junto al grupo que fundaría San Antonio, lejos, en el Apure. Este Andrés conjuró a un grupo de mulatos para que le acompañaran en la vieja y repetida utopía de fundar una comunidad de ladrones, que viviera del pillaje y el saqueo a lo largo de la unánime ruta de los ríos. Para ello, debían unirse a la partida que comandaba Silvestre Valbuena del Oso y en determinado punto del río, cuando la avanzada estuviese lejos de cualquier ayuda posible, robarles y capturar mujeres y manos sumisas que les ayudarían a fundar su miserable poblado.

Todo iba según lo planeado. La expedición salió para la nochebuena de San Juan, a manera de buen augurio para los blancos, pero definitivamente con otro signo para los negros.

67

Pasaron por San Miguel, que tendría escasos meses de fundado en la desembocadura del río Tinaco y bajaron por el Cojedes buscando la Portuguesa, cuyo curso pensaban recorrer hasta encontrar el Apure y remontar luego «buscando p'arriba, hacia los laos de San Jaime». Llevaban dos o tres días en su lento discurrir entre verdes bóvedas y peligrosas caramas, cuando llegaron a una curva con una playa de río que parecía propicia para

una parada. Estaba cubierta a la sombra de un masagual y un caño le tributaba en remanso claro al barroso Portuguesa.

Propicio para los incautos navegantes también lo era para los conjurados.

Días atrás, Andrés venía concretando su nefasto plan. De noche en noche había ido metiendo afiladas cuñas de piedra y madera en una grieta nudosa de la embarcación más grande del grupo, «un bongo de espadilla, largo y bien pesao de carga», según Custodio, y justo la tarde en que se aprestaban a pasar la noche «y si acaso dos o y tres días pa prepará y salá el pescao y la cacería», la pesada barca se abrió por la mitad con un quejido sordo «que le espelucó el ánimo hasta al más pintao». A este desgraciado suceso se sumaban los intempestivos chubascos sabaneros, que con su aparataje de relámpagos y truenos incrementaron los sentimientos de aprehensión e indefensión del grupo.

68 Forzados a detenerse en el sitio que hoy conocemos como Boca del Pao, no faltó entre la gente de Andrés un tallador de canoas que se ofreciera, hipócritamente displicente, a construir otra embarcación a partir de un masaguaro gigantesco que parecía haber caído pocos días atrás y estaba convenientemente tumbado a orillas del río, con sus ramas ondeando en el agua como los brazos macilentos de un gigante adormecido.

Cuatro angustiados días llevaban labrando la madera el tallador y sus ayudantes, cuando un relámpago incendió una rama aún sin cortar del árbol. «Mire —dijo Custodio para fijar mi atención— eso se fue partiendo desde la patica y el palo mismo cogió candela, y en el nudo de la rama caída se aperfiló una figura de gente, como de una

mujer con una trenza», describió Custodio con fruición¹⁵. Sin embargo, lo que para nosotros no hubiera pasado de una curiosidad fue motivo de acendrada discusión y división entre los crédulos colonos. Los guahibos que guiaban los bongos decían que era cosa del diablo, y lo mismo pensaban las mujeres, amparadas en el Salmo 115. Pero los curtidos soldados y los negros lo vieron como una señal de los cielos y, de este modo, la avanzada se dividió en dos grupos, que sin pelearse, marcaron una distancia entre sí. Lo cierto es que todo esto facilitó la tarea de los conjurados, que libres de vigilancia pudieron mover cosas a su antojo en preparación de su partida.

La ordinariamente amarillenta madera del masagua-ro se había tintado negra con el conato de incendio y la constante llovizna, arrastró la negra ceniza de su corteza entre las fibras nudosas, dándole un aspecto funesto al bongo, que casi terminado, solo esperaba el momento apropiado para partir en su péfido recorrido.

La noche del 15 de julio empezó mal y en mal tenía que acabar. Los negros y algunos de los soldados se habían enzarzado en una larga jornada de ron, bailes e idolatría hacia el trozo de rama, al que por su tormentoso origen habían identificado con Oyá y con la Virgen del Carmen, contrariando a los otros miembros del grupo.

15 Esto justifica, por pareidolia (palabra derivada etimológicamente del griego *eidolon*: «figura» o «imagen» y el prefijo *para*: «junto a» o «adjunta») la actitud de Custodio respecto a que la figura «le venía sola en la madera». La pareidolia es un fenómeno psicológico consistente en que un estímulo vago y aleatorio —habitualmente una imagen— es percibido erróneamente como una forma reconocible. El carácter aparentemente sagrado de determinados sitios arqueológicos podría ser explicado, en parte, por este fenómeno.

Las manifestaciones de rechazo por parte de los demás surgieron cuando pretendían consagrar el nuevo bongo paseando¹⁶ a la nefanda figura en él. Detrás de toda esta parafernalia pagana, se ocultaba la estrategia fatídica de Andrés: aprovechar ese momento de locura y frenesí «pa largarse río arriba con todo el bastimento que les cupiera en el bongo negro y dos canoas más pequeñas».

Todo habría resultado así de sigiloso y la fuga, transcurrido sin mayor desgracia si el capitán Valbuena del Oso, formado por los jesuitas, no se hubiera acercado a imprecicar a los bacantes, echándoles en cara su idolatría con una dura monserga.

«Mire, a veces hay que dejar quieta a la gente, esa gente se alebrestó y se formó un barajuste feo», dijo Custodio, contándome cómo desde lo alto de un masaguaro, donde comandaba la conjura cual tigre al acecho, Andrés saltó a desquitarse los viejos rencores de su raza abriendo el cuello de Valbuena del Oso en un horrible tajo, sin otras armas que sus huesudas manos y sus renegridas uñas¹⁷. Muerto el capitán, se desataron los peores instintos y tras una violenta orgía de sangre y rencor partió el grupo de conjurados, arrastrando a unas cuan-

16 Muchos países de tradición navegante han nombrado a la Virgen del Monte Carmelo o del Carmen como su protectora. Es común verla representada en embarcaciones de todo tipo y a lo largo del mundo se ejecutan rituales de ese tenor, que no son más que asimilaciones tardías de cultos paganos anteriores al cristianismo.

17 Es muy probable que este episodio (pelea de «Tigre» con «Oso»), trasladado a través de los años en las innumerables versiones de la oralidad, sea el que dos siglos después cantara Ángel C. Loyola en «El Tigre de Masaguarito», ubicándolo, no tan casualmente, «muy cerca 'e la Boca el Pao».

tas mujeres, docena y media de esclavos y dejando tras de sí igual número de cadáveres. Montaron a su Virgen de palo en la negra canoa y partieron con las estrellas de Orión levantando entre las brumas del humo y los arreboles de la madrugada, repitiendo un ancestral rito que no le era desconocido a los guahibos.

Lo que pasó después coincide en parte con lo que yo intuía, pero adicionaba aún más horror a la historia. El grupo renegado remontó el río y se asentó en una curva muy conveniente para acechar y esconderse, a poco menos de una legua del caño Igüés. Con los meses, Andrés y sus compinches se volvieron el azote de los pueblos y fundos establecidos en la confluencia de los ríos Portuguesa y Guanarito, con una fama que trascendería los siglos, y el pueblo sin nombre¹⁸, solo era conocido como «la oscurana» por referencias a su oscuro ídolo y su más oscuro servicio.

Custodio dijo entonces (y no pude evitar recordar a Medina y a Evaristo): «Dios tarda, pero no olvida, y castiga sin palo ni rejo».

Una noche de octubre se entregaban con desenfreno a su culto, el cual ya habían mezclado con las memorias ancestrales del África, donde se venera a Oyá, diosa de la tempestad y la centella, y la aborrecible adoración a Pumeneruwa por parte de dos mujeres de sangre guahiba. Pero esta vez, no había fiesta ni celebración alguna. Al negro Andrés lo había mordido una mapanare y el veneno se esparcía con la muerte por su cuerpo, en una feroz

¹⁸ Daniel Ponce señala que tales pueblos forajidos no debían ser mucho más que «caóticas y anónimas aglomeraciones de ranchones de palma moriche y recortes de madera» (Daniel Ponce, *Andanzas de un peleador de costa de río*, San Carlos, 2009).

virulencia que los indios atribuyeron a un mal superior y más profundo. La carne de su pierna se ennegreció en pocas horas y sus ojos adquirieron un tono blanquecino como de ciego o leproso, mientras unas fiebres contumaces aterían y consumían su cuerpo retorcido de dolor.

En medio de la noche se desató una tormenta. Los réprobos vieron en ello una señal de la diosa y buscaron pedir por la vida de su líder, ofrendándole cánticos y bailes inmersos en su elemento. ¡*Ayaba ni afefeniku orisha!*!, gritaban al unísono, por sobre el viento y la barrota corriente. Entre las procelosas aguas flotaba la canoa negra y desde el fondo de la misma, tendido de cara al río pero desafiando a los elementos, Andrés vociferaba ebrio de muerte cuando, según Custodio, «le hendió la cabeza un tronco que el ventarrón traía en volandas», acabando con ello su abyecta existencia y hundiendo y ahogando en la procelosa noche sus gritos y sus blasfemias. Espantados, los seguidores de Andrés aún pudieron ver una centella que les arrojó por el suelo e incendió las precarias construcciones de tronco y palma moriche, y como en una nueva destrucción de Sodoma y Gomorra, la crecida del río barrió finalmente sus cuerpos, dejando tan solo un oscuro brazo de agua mezclada con muerte y escombros tras de sí.

72

El lugar fue abandonado, incluso por el río que desde entonces siguió el cauce actual y en el antiguo recodo nada más quedaron habitando la mustia soledad de las chenchenas y el asombro terco de los chaparros que sobrevivieron al friego. Finalmente, Custodio me dijo que solo dos de las mujeres arrebatadas sobrevivieron escondidas en un tronco hueco de ceiba, que las refugió como

en una cueva o un capullo y que «así, como pajaritos caídos del nío estuvieron perdías en ese monte hasta que Juan Fernández las consiguió y de pura lástima se las trajo p'acá, que fue cuando se fundó de verdad el pueblo de Guadarrama»¹⁹.

Diciendo esto, el viejo pareció encogerse sobre sí mismo en un suspiro largo. Le pregunté, casi en juego, quién le había contado todo eso y lo que me contestó fue aún más sombrío:

—La madera hijo, la gente de palo no tendrá voz, pero tiene memoria.

¹⁹ Esta versión, en la que el presbítero Juan Fernández funda Guadarrama, es la que hoy se maneja como cierta y de ella dan fe muchos documentos. Evidentemente, el nombre viene del poblado homónimo situado en la comunidad de Madrid y que muchos derivan del árabe *Wādī-r-Raml* (*guadiarrámel*), que se traduciría al castellano como «río del arenal». Sin embargo, su uso en estas lejanías corroboraría otra versión que deriva el nombre del latín *aquae dirāma* —«dispersión de agua», «separación de agua»—, expresión utilizada por los romanos para nombrar los puntos divisorios de las aguas, muy acorde con la geografía local, donde se unen (o divergen) las aguas del Guarnarito y el Portuguesa.

Pajivi pina peruju namüto java pona, ü Perujuva ba pita.

De nuevo salgo al descampado, no hay estrellas para guiarme, pero adivino las formas del camino: parálisis, atomizados recuerdos de una canoa deslizándose hacia ninguna parte, respuestas inconfesables a una pregunta terrible en un murmullo de árboles, frío de huesos, bejucales matizados de angustia y yo que no conozco el nombre que sigue al primer paso de luna.

Acaso la espuma del río viaja en otra dirección pasando la Boca del Pao.

Acaso mi propia vida escapa en otra dirección.

El cielo de Guadarrama se refleja en la oscurana, fragmentando mi memoria y mis desvelos.

No fue hasta el día siguiente, ya con la mente despejada en un café caliente, que me senté en la hamaca a dedicarme por entero al segundo paquete que me había entregado la viuda de Medina. Este consistía en una carta algo más escueta que la primera y algunos papeles sueltos con lo que parecían ser apuntes.

La segunda carta tenía fecha de 29 de junio y a primera vista se notaba un pavoroso cambio en el carácter y estilo de Medina. Si bien el lenguaje conservaba el imprimátur de la anterior, la letra parecía, sin lugar a dudas, la de un hombre enfermo.

Evaristo, amigo:

Largas y dolorosas han sido estas horas de angustias desde la mañana (bendita sea) que por paradoja grande de Dios, hube de quedarme a atender a mi Teresita que se agravaba y dejé ir a Miguelito con el señor Humberto para el sitio de la oscurana. A Dios gracias ya está bastante alentado, por ratos habla y reconoce a los suyos y la cara le ha recuperado el color de la gente. Dicen los muchachos que lo encontraron, que tenía la mirada de los locos y el aspecto de un desahuciado. Del tal Humberto no supimos nada más, y el Prefecto sigue esperando que Miguelito se recupere por completo para interrogarle sobre la desaparición del mal venido baquiano. Viendo el resultado me pregunto, si más bien no he debido dejar al muchacho al encargo de

la casa y la iglesia e irme yo con Humberto. Ahora estoy aquí, postrado por las fiebres de las que Teresa pudo salir adelante, pero que me consumen y me hacen sufrir horribles pesadillas, sobre todo después de haber oído, no solo el incoherente relato (si se puede llamar así a semejante delirio) del muchacho, sino las grabaciones, los fragmentos que pudo recoger el noble aparato que sobrevivió, a pesar de todo, y se mantuvo hasta lo último en el puño cerrado de Miguel. Te anexo transcripciones de ambas, lo poco que pude entender y asimilar. Ya no soy el mismo, Evaristo. Siento la mente abotagada y como en un vapor que no se dispersa. Siento que solo mi fe me mantiene cuerdo después de oír al muchacho que afortunadamente, ha ido perdiendo la memoria de lo acontecido en el pavoroso rincón de sabana a donde lo enviaron mi curiosidad y mi imprudencia.

Me preocupa no tener noticias tuyas y temo en mi corazón que hayamos ido muy lejos, y que ahora estemos pagando las consecuencias de husmear en aquello que Dios no quiere que se vea. Pero a la vez me pregunto: ¿Cómo puede Dios castigar a quienes buscan llevar su luz a esos tremedales malignos? ¿No será más bien la debilidad de nuestra fe la que ha permitido que el mal nos arañe de su ponzoña? No lo sé, y espero que solo sean devaneos febriles de mi mente cansada. Seguiré esperando comunicación de tu parte y orando por tu salud y por tu alma, que aunque necia, aún puede ser salvada en Su nombre.

Un abrazo, amigo, hermano mío.

Jota Ele

Aparte de la carta, en el pequeño fajo había otros papeles enrollados. Una fajilla decía «RETATO» y la otra «TRANSCRIPCIONES», ambas en letra de molde algo torpe, que, aunque muy diferenciada de la caligrafía pulcra de Medina, dejaba entrever que venían de la misma mano. Sin embargo, este último grupo había sido arrugado y maltratado, de tal manera que era poco o nada lo que podía rescatarse. El «relato» era básicamente este:

«Yo me bajé de la canoa y el señor Humberto dijo que me iba a esperar, que él no quería salir picao de mapanare de esa montaña. Le dije que buscara una sombra y que yo no me iba a demorar mucho, que iba a sacar unas fotos y ver si había una buena entrada para revisar el lugar, como usted me había dicho. Él se quedó callado y cuando me bajé, vi que cruzó lentamente a la otra orilla y amarró la canoa en la rama de un masaguaro que llegaba hasta el agua.

»Yo no llevaba muchas cosas. La cámara, que se me perdió (de verdad discúlpeme, pero se me perdió). Llevaba el grabador y un machetico, por si acaso el monte barranca arriba era tan espeso como se veía desde la orilla. Caminé por la orilla del agua hasta encontrar un buen paso pa subir, y cuando lo encontré, me trepé ayudándome con los bejucos, ya vería después cómo bajaba, pero subí. Prendí el grabador y empecé a caminar. El monte estaba espeso, pero no tanto. Un pedacito nomás, yo he pasao montes más feos cazando iguanas. »Caminé como diez minutos y el monte iba mermando y se iba levantando una zancuá y

una hedentina de agua piche. Pisé en falso y casi me caigo cuando llegué a la orilla de un lagunón verde. Saqué la pata del barro y caminé siguiendo la orillita que dejaban el monte y el agua, que casi no se distinguía del barro hediondo.

»¿A qué olía? Como a bicho muerto. A bicho de agua muerto. A pescao embarbascao, o cuando se muere una galápaga que hiede a una mezcla de culebra y pescao muerto. Hedía feo y se levantaba la hedentina cuando uno pisaba ese barro.

»Bueno. Yo me seguí metiendo por la orillita. Ahí no se le veía entrada a esa laguna. Y tendiendo la mirada lejos era como si estuvieran quemando monte, pero no había nada que quemar. En esa laguna na'más se veían unos chaparros viejos y más hacia el Igüés, había como un turrumote apisonao entre el agua. Yo todo lo que iba viendo lo iba diciendo, como usted me dijo, pa que el grabador guardara todo. Porque es verdad, uno va viendo y va diciendo y es como que uno se acordase mejor luego. Aunque hay mucho que no me acuerdo, ¿ve?

»Debe ser que ya la mortecina me tenía mareao, pero estaba todo como en oscurana, y pensé que me iba a agarrar un aguacero feo en ese barrial y a lo mejor el hombre de la canoa se me iba y me dejaba ahí. Lo cierto fue que me entró como mucho miedo de repente. Y entonces dije: voy a coger por donde venía, pero ya no veía ni las pisadas porque el barro se había tragado el rastrojo. Y ahí fue que me asusté, porque dicen que cuando uno no se mira ni la huella es porque ya está perdió.

»Como pude corré, corré, corré y llegué como a una lengua de tierra que se entraba pa dentro de esa laguna. Usted no me va a creer porque esas no son cosas de Dios, pero a mí me estaban llamando. Yo sentí que a mí me estaban llamando pa dentro de esa laguna y hasta caminé un buen pedazo. Alante lo que se veía era como un turrumote, como la raíz de un palo brotado de entre el barro, pero del grueso de un rancho.

»Mire, yo caminaba y se me ponían pesadas las botas, del barro y del miedo, pero sentía que me halaban. Me acordé de la cámara y dije: a sacale foto a todo enrededor, y ahí fue cuando sentí un poquito clara la cabeza y me di de cuenta que estaba zampao hasta la cintura en esa laguna, y que el barro y el agua se movían como si estuvieran llenos de caimanes. Ahí busqué a salir y no podía, y empecé a escuchar como una bulla, un runrún de gente conversando o rezando y decían: *vakue pinabo* y *vakue pinabo* y *vakue pinabo*, y yo dije: ¡Ay, Dios, que me están espantando!, y dije: a gritar, y gritaba el salmo noventiuno y después ya lo que gritaba eran puras groserías y quejíos, y yo creo que ahí fue donde boté la camarita y el machete y como pude me agarré de una rama de chaparro podrío y me empujé, y me empujé y llegué a una orilla de tierra, me arrastré por la tierra sintiendo el agua podría hasta en los dientes, voltié la cara al cielo y le di gracias a Dios y no supe más de mí hasta que me desperté aquí en mi casa.

Realmente no se diferenciaba mucho —en términos generales— de lo que me había contado Rubén respecto al ahijado de doña Belén. Me llamó la atención que el muchacho apelase al Salmo 91 implorando ayuda, quizás por la pestilencia²⁰ que le rodeaba, quizás por sentir a su alrededor, y en pleno día, la presencia de algo más maligno que los habituales peligros del monte.

Lo cierto es que mi poco conocimiento del idioma guahibo me dio una pista más certera sobre lo que había visto u oído: *vakue pinabo*, quiere decir «la abuela (la mujer más vieja) te viene a buscar». Lo que resultaba curioso y de alguna manera aterrador era que Miguelito Torres, no tenía ningún conocimiento de la lengua o cultura Sikuani, y en lo poco que había en las transcripciones del grabador, lo poco rescatable, se evidenciaba que no era otra que su propia voz, la que musitaba una y otra vez, en un angustiante tono gutural, esa terrible frase.

²⁰ Dice, literalmente: «No temerás al terror nocturno ni a la saeta que vuele de día, ni a la pestilencia que ande en oscuridad, ni a mortandad que en medio del día destruya» (Salmos 91, 5-6).

Fui donde Amparo y le conté, más o menos por encima, lo que le había pasado a Miguelito. Me dijo que esa curva en el río, como otras que ella conocía, eran tierra donde mandaba el agua mansa y los males viejos. Pensé en el viejo refrán: «líbrame del agua mansa...» y no pude evitar un ligero estremecimiento por tanta confluencia de saberes y temores, de un pueblo, de un océano, de un tiempo a otro.

—Usted ya se debe figurar quién es —me dijo Amparo cuando le pregunté por «la más vieja». —¿Se trata de Pumeneruwa, verdad?

Así la llamaban los Jivi antes. Pero ahora hasta le ponen corona y la bailan de pueblo en pueblo. Mi abuela decía, y su abuela antes de ella lo había dicho, que la gente blanca se había confundido hacía mucho y nos había traído su confusión para cambiarnos lo blanco por negro, el cielo por la noche y lo bueno por lo malo.

¿Es como lo de la Cruz de Mayo que me contaba el otro día, Amparo?

—Peor, porque por lo menos la Cruz sigue ahí arriba dando su vuelta y sigue llegando el agua, sigue llegando la cosecha buena con ella cada mes de mayo. Pero con sus muñecos de palo lo que vino fue la muerte. Hasta los negros sabían que eso era malo, pero al negro nada le importa. Lo único que hace es bebé y reíse y cantá y bailá. Como que no le doliera nada. Recordé que muchos pueblos originarios se resistieron vehementemente a la católica idolatría europea, al contrario de los

esclavos africanos, quienes vieron en ello una forma de continuar ejerciendo su religiosidad ancestral bajo el sincretismo yoruba.

Por eso los conjurados de Andrés-Tomás vieron a Oyá en la rama quebrada por el relámpago. Por eso los españoles —fervientes seguidores de la Virgen del Monte Carmelo, patrona de sus empresas navieras— habían visto en Pumeneruwa, llevada a bordo de una canoa por Rey-Zamuro, una repetición de sus ritos y así se había perpetuado hasta nuestros días. No sabían ellos que cuando paseaban la tal efigie cada 16 de julio, por ríos y caños, no hacían sino repetir en el tiempo de los hombres el maleficio original, que en el fluir atemporal y etéreo de la memoria Sikuaní de los ríos y los árboles y las piedras era una constante que completaba al mundo con el bien y con el mal, y que era causa de la enfermedad y la muerte de los hombres

Pensé nuevamente en el guahibo doliente de Custodio y casi comprendí la tristeza de su raza, condenada por siempre a ver de revés a sus dioses, a venerar la fuente del mal y olvidarse poco a poco del bien, de la Unuma.

82 —Usted sabe Amparo, que hay alguna gente que también ve el mal en esas cosas.

—Sí los hay, como el señor Medina. Pero esos son los mismos que dicen que recordar el árbol y la Unuma y alegrarse con la cruz del cielo es malo. Lo único que es malo de verdad, jurada, es que mientras haya uno solo aunque sea, quien sea, que siga haciendo el mal y cantándole a yajevi y poniéndole nombre y palabra a las vainas torcidas que no deben tener nombre ni palabra, pues seguirá reinando ese mal en esos rincones.

—¿Como Custodio?

—Yo ya no sé si Custodio lo hace por maldá o por pendejo. Él más que nadie debería de saber que esas son cosas de mala intención.

—¿Cómo así? ¿Qué es lo que sabe Custodio?

—Mire, yo le voy a decir. Ese no se vino de San Carlos así como sin rumbo, a venirse p'acá como que pa cualquier parte. Su gente era de aquí desde antes que nadie más viviera aquí.

Como si ya fuese habitual cuando hablaba con Amparo, sentí una vez más la inminencia de una revelación. Me levanté de la silla y me asomé por la puerta que daba hacia el patiecito poblado de limones y matas de tua tua.

—Pero Custodio no tiene rasgos de indio, ni Jivi ni Cuyba ni de ninguno de los que vivían antes por aquí —dije con lentitud.

—Hay un decir de que las abuelas²¹ de ese, salieron del hueco de una mata de ceiba. Y que por eso tiene tan buena mano y tan buen trato con la madera. Porque a sus abuelas las parió una mata de ceiba.

—La mata de ceiba...

—Esa mismita, esa mismita mata de ceiba.

83

—Amparo, yo quiero ir a esa curva del río.

—¡Ah, vaina! Como dicen aquí, ya a usted como que le pegó el santo —dijo en obvia referencia al patrono del pueblo.

—¿Cómo es eso? ¿Por lo bellaco? —dije intentando reír por la ocurrencia.

21 Evidentemente, aquí Amparo usa el término «abuelas» por decir «las mayores», «las más viejas».

—Porque quiere ver la llaga en el costado para creer. Cuidao si no termina metiendo la mano en su propia llaga. ¿Es que usted no vio como tenía la pierna el hombre del Igüés?

Estaba muy seria y se quedó en silencio. Puso las manos alrededor del pocillo de peltre donde hace rato se había acabado el café, como meditando. Levantó la cara y con gran tristeza me miró mientras hablaba.

—A veces lo mejor es lo que sucede. Lo que no pudo hacer un hermano, de repente es bueno que lo aprenda el otro.

—¿Mi hermano fue a ese sitio?

—Eso yo no lo sé. Si quiere ir, vaya, pero con cuidao. Recuerde que el que anda por caminos viejos, consigue mujer vieja.

—Eso...

—Sí, es un decir muy viejo de mi gente. Y muy sabio, y muy cierto.

Como en una conspiración benevolente que retrasara mis planes, esa tarde comenzó a llover. A ratos se apaciguaban los elementos y solo quedaba el rumor oloroso de los samanes, goteando lento sobre la tierra salpicada aquí y allá de charcos. Pero como si un gigante dormido respirase de repente, ráfagas de brisa tronaban sobre los endeble techos y los ramajes, haciendo alarde de relámpagos y golpes de agua. Recordé otra lluvia, en otro pueblo río arriba, sentado con Evaristo y mi abuela dejando caer historias a un atardecer tan distante como perdido en los años.

Recordé, sí, su voz bajita soltando maravillas en una letanía que aunque ya conocíamos de memoria, era como nueva cada vez que se contaba.

«Yo nunca me creí lo del espanto en casa de las Laya, yo estaba muy grande —decía mi abuela— para estar creyendo en espantos que viven a media cuadra de la casa».

Sentado aquí, frente a un río de voces siempre en movimiento, rodeado de tanto cuento sin terminar, de tanta palabra antigua dada por cierta y tanta razón buscando a ser falsa, puedo imaginar cómo eran esos días: Uno pasando cauteloso, quizás viniendo de hacer un mandado, y al llegar a la fulana esquina, salir corriendo como cogiendo hacia la orilla del río por donde hoy llaman calle Los Placeres.

«Eran otros tiempos», parece decir todavía mi abuela, en ese tonito que también usa doña Belén cuando no está contando el cuento completo y se refiere a tiempos en los que uno se asombraría de ese rostro pálido, esa mirada perdida y semioculta en los huecos de esas calaveras que

eran y siguen siendo esos ranchos pintados de cal, haciendo frente a la curva donde crece la carama y suena gutural la brisa que baja del cerro. Eran otros tiempos y quizás asustaba más (o era más piadoso) decirle a uno que en ese ranchón había un espanto, que llamar leprosa a la mayor, a la solterona de las Laya.

Llevo dos semanas aquí y apenas hoy constato en la lluvia que nadie en este lugar tiene memoria cierta de lo pasado, y que el sueño que en los mapas se llama Guadarrama, apenas tiene una noche anterior que se remonta al tiempo inmanente de los Sikuni. Como sin querer creerlo camino lloviznándome con paso lento hacia el río, me detengo apenas en la incierta orilla y veo el agua turbia de aguaceros y noches y sombras pareciendo flotar bajo el reflejo.

86 Turbia e inmóvil a la vez, así también es esta orilla del mundo a la que por casualidad o por intento he venido a acucillarme. Tomo el agua en la mano cansada y al probarla siento el beso del ladrillo, del barro antiguo y olvidado con que se construyen el sueño y la memoria. Recuerdo que en algún momento alguien habló de un hato poderoso al otro lado de una laguna oscura, donde un hombre misterioso invitó a otro a cantar para cumplir su propia ley. Es imposible dejar de recordar bajo un aguacero que siendo el mismo pudiera ser el último, si cuando escampe me dirijo a un espacio ajeno a cuanto hayan podido soñar o imaginar los más febriles poetas y cuenteros de estos ríos, pero sintiendo que debo hacerlo, cumpliendo a mi vez con mi propia ley.

Desde la casa me llama doña Belén, advirtiéndome de un nuevo resfriado y haciéndome señas con un trapo

que lleva terciado a manera de bufanda, porque hace frío, un frío que llega a los huesos, como un presagio o una promesa de muerte.

Cuando al fin dejó de llover y el río dejó de arrastrar escombros, mermando su furia barrosa, le dije a Rubén que no se ocupara en la mañana, para que me llevara hasta la curvita de Pueblo Viejo.

—¿Y qué va a buscá p'allá? ¿Que lo agarre una de las que perjudicó a Orcial?

—No vamos a ir de noche, Rubén. Vamos a ir a media mañana, tú me vas a esperar al otro lado, en un masaguaro que cae al agua y cuando me veas que regreso, pues nos venimos otra vez. Así, rápido. Es cosa de bajarme a dar una vuelta, acaso sacar unas fotos, no es mayor cosa.

—Ah, pero es que hasta ya tiene visteao el sitio. ¿Yo no le conté lo que le pasó a Dominguito? —Sí, pero tranquilo, que como ya sé, voy preparado.

—La mejor preparación es no ir pa esos laos. ¿Ya le dijo a doña Belén?

—Sí, y tampoco le gustó mucho la idea de andar por ahí después de ese aguacero, pero como ella no sabe bien para dónde voy, lo que se figuró era que iba para donde llamaban Rivero. —Pero eso queda pa'l otro lao, yo sé dónde es, si quiere vamos p'allá y hasta me bajo con usted. Yo antes iba p'allá buscando iguana, que esas como que saben dónde ha vivío la gente y se quedan como la arditá, acostumbrá.

—No, de repente podemos ir después, otro día para Rivera. Mañana vamos a ir a laguna de Pueblo Viejo y hacemos como te dije.

—Usted es terco, como el hermano suyo.

—Así me han dicho.

No dije más, y acostumbrado a ir donde le pagaban,
Rubén no siguió discutiendo.

Nunca sabré qué ocurrió en realidad. Lo último que recuerdo de esa tarde —o de la figuración en mi pesadilla— fue haber recorrido la orilla de la hedionda laguna prácticamente alucinado entre sus vapores y la silueta retorcida de los chaparros. Como en la narración de Miguelito, la porción de tierra húmeda y podrida de conchas de guarura y restos de madera que semejaba una lengua de tierra o un grotesco muelle de escombros, se adentraba como un camino entre las aguas fangosas. Abismado, di unos pasos hacia lo que parecía una señal o un tronco sobresaliente que se adivinaba entre la miasma hedionda que arrancaba arabescos y espejismos al sol del mediodía. Conforme me acercaba, sentía que el aire se hacía irrespirable y pensé si este mismo aire, esta misma pestilencia no serían la causa de la enfermedad de Evaristo; me pregunté si en el fondo no hacía más que seguir sus pasos en pos de un mismo mal, de una unívoca sentencia de muerte.

Caminé lentamente, hundiéndome y levantándome, impelido a llegar hasta el misterioso túmulo, que desde donde estaba ya se adivinaba como una pila de troncos renegridos y ramas entrecruzadas sin orden ni concierto. Estando más cerca pude adivinar una figura que sobresalía al centro. Incrédulo, saqué la cámara y comencé a registrar lo que pudiese de tan imposible objeto.

Porque sí, era imposible que tras doscientos años de feroz inclemencia del sol y la lluvia quedara algún resto reconocible en la oscurana. Pero ahí estaba, en medio

de una caótica aglomeración de ramas y chaparros podridos, como en una infame capilla construida por las manos torpes de la ruindad ancestral en los crepúsculos de la razón, la basta figura de una mujer con el cabello trenzado se asomaba desde un cascarón de tronco chamuscado, podrido y eterno. Miré sus ojos ciegos de estatua o de basilisco y un caos frenético, una vorágine maligna y atroz envolvió mis sentidos con sus cánticos y murmullos ancestrales.

Hasta ahí podía deslindar mis recuerdos de mi locura. No sé si en realidad vi el renegrido rostro que aún me atormenta, o si fue mi propia voz la que gritó palabras desconocidas antes de echar a correr, demente y alucinado, buscando la barranca del río y la cordura barrosa de sus aguas.

90 Rubén y la partida de canoeros que me buscaban me encontraron justo antes del anochecer, lleno de barro y sediento. Me contaron que tenía la mirada perdida como un borracho y caminaba lento por una playa de río, pero subí a la canoa cuando me llamaron y me senté guardando silencio hasta Guadarrama. Tres días con sus noches transité un sueño febril desandando el laberinto de la memoria, sin otra parada que los leves sorbos de agua y té de romero que solícitamente me ofrecían María y doña Belén. «Lo mismo le pasó a Dominguito por meterse en esos andurriales», decía, y como si se tratase de un familiar, veló mi azaroso sueño hasta que pude levantarme y salir al sol. En eso estaba, recostado en el quicio de la puerta, cuando sentí los pasos leves de Amparo a mi espalda.

—Se salvó de milagro, por no pasar la noche en ese sitio —me dijo cuando me dio un tarro con un bebedizo.

—No sé qué hubiera pasado si me agarra la noche ahí.

—Sí lo sabe. Usted vio a Orcial y escuchó al muchacho y con todo y eso, se metió p'allá. Espero que esté conforme.

—No sé.

—¿Entonces no tuvo escarmiento? ¿Va a seguir buscando en caminos viejos?

—No, Amparo, yo conseguí lo que no estaba buscando y es suficiente. Que sean otros los que vengan y terminen con ese mal y le den la paz a este rincón de sabana.

«Todas las cosas tienen su paz, dijo la anciana, como si hablara con la sabana que se extendía al frente. Y está en los hombres de bien dejar las cosas como eran en un principio, como han debido ser para siempre». Miré sus ojos tristes y comprendí. Por primera vez, desde que salí en medio de la noche a un río tormentoso hasta la noche en que la imagen de la oscurana torturó mis pesadillas en Guadarrama, comprendí.

Índice

1.....	9
2.....	13
3.....	17
4.....	23
5.....	28
6.....	29
7.....	36
8.....	37
9.....	40
10	42
11	45
12	46
13	49
14	53
15	61
16	64



Memoria de árbol

se imprimió en el mes de junio de 2025
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 1.000 ejemplares

Memoria de árbol. Un hombre llega al pueblo de Guadarrama, en el Llano venezolano, con el firme propósito de volver sobre los pasos de su hermano muerto. Pero el lugar es repositorio de una cultura fuertemente marcada por las creencias religiosas ancestrales. *Memoria de árbol* es una narración intimista y lírica que recurre a los hechos históricos —rigurosamente documentados—, los mitos fundacionales y el sincretismo religioso para desentrañar la simbiosis entre la memoria individual y colectiva

EDUARDO MARIÑO RODRÍGUEZ (San Carlos, Cojedes, 1972).

A lo largo de su dilatada carrera profesional en el ámbito de la cultura nacional, se ha desempeñado como coordinador editorial del Instituto de Cultura del Estado Cojedes, coordinador de Unidades Técnicas del Museo Casa La Blanquera y miembro del Consejo de Redacción de la revista *Tiriguá*. Posee una extensa obra literaria, entre la que se destacan: *Del diario de un cautivo* (1994); *Silvia* (publicada en España, 2005), y *Aprendizaje del paraíso inferior* (Monte Ávila Editores, 2012). Su labor creadora ha sido merecedora de numerosos reconocimientos: Premio Municipal de Literatura de la Alcaldía de San Carlos (1994 y 1999); Premio Nacional de Poesía Fernando Paz Castillo (2002), y Premio Nacional del Libro, mención Creación Literaria (2003), entre otros.



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

